



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Xixaltco, dios del fuego

Xixaltco, el volcán largo tiempo dormido ¿ha despertado de repente? ¿Qué son esos «demonios» que dijo haber visto Luis María López antes de desaparecer?

Los altos mandos de la CIA deciden que estos «demonios» merecen una investigación a fondo por parte de su mejor agente. La agente Baby.



Lou Carrigan

Xixaltco, dios del fuego

Brigitte en acción - 214

Archivo Secreto - 179

ePub r1.2

Titivillus 28.05.2019


PROYECTO SCRIPTORIUM
Titivillus in culpa est



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Xixaltco

Luis María López se estaba divirtiendo en grande.

Aquella mañana había salido de Acapulco con su lancha, llevando a tres turistas norteamericanos a pescar. Le habían dicho que querían *piezas muy grandes*, que querían ir *muy mar adentro*, por lo tanto.

Y él los había complacido. Habían ido tan adentro del Pacífico, que hasta podían pescar una ballena, pensó con cierta guasa. Tan adentro del mar estaban que veía la isla de Las Animas, nada menos y, recortado en el cielo azul, el Xixaltco, el dios del fuego, el volcán que había en el centro de la isla. No era, ni mucho menos, la primera vez que Luis María llevaba a turistas a pescar por allá, porque sabía que, de diez veces, nueve volvían con unas capturas que los dejaban muy complacidos.

Pero aquella vez, parecía que iba a ser la décima, es decir, la que no pescarían nada. Y no sería por culpa de él, pues estaba seguro de que tenía que haber grandes peces por aquellas aguas… La culpa sería de uno de los tres pescadores. Es decir, de los otros dos, pues no debían haber llevado con ellos al novato. El tercer pescador, a juicio de Luis María debía saber hacerlo bien en la playa, y quizá en ríos, pero allá, en alta mar, estaba fracasando, y fastidiándoles el día a sus dos amigos que habían cometido la tontería de llevarlo. Por culpa del novato, ninguno pescaría nada aquel día, estaba seguro.

El novato estaba consternado, y los otros dos estaban que se los llevaban los demonios. Pero, así es la vida: mientras los tres norteamericanos lo estaban pasando fatal, él se divertía en grande. ¿A quién se le ocurre llevar a un novato cien millas mar adentro, a menos que se esté dispuesto a perder el día enseñándole, resignados, a no pescar nada en aquella jornada?

Le hacían gracia, sobre todo, las imprecaciones en inglés, la

mayoría de las cuales entendía perfectamente. Él era todo un veterano en aquellas lides. Vivía de ello. Cada día tenía clientes, y ésa era la vida que le gustaba: Salir al mar con su lancha, ir en verdad muy mar adentro, ver cómo los pescadores sacaban las grandes piezas, que se resistían, luchaban, aparecían a lo lejos saltando por encima del agua, atrapadas en el anzuelo… Y el sol, el sabor a mar, el balanceo de la lancha. Luego, regresaban a Acapulco, cobraba sus buenos dólares, y se iba a divertir con sus amigos, dando gracias a Dios por permitirle tener una lancha, amigos, y vivir en Acapulco.

Y así estaba aquel día, pasándolo en grande, cuando sucedió algo que, durante unos segundos, lo dejó atónito, fija la mirada en la isla de Las Animas, concretamente en Xixaltco, el volcán… ¿Estaba despierto o estaba soñando? Xixaltco estaba más muerto que la tatarabuela de Luis María, y, sin embargo, él había visto fuego… ¿Realmente había visto aquella… gran llamarada, o lo que fuese?

Tan sólo algunos segundos después, vio otras llamaradas. El sol parecía convertirse en bolas rojas en la ladera de Xixaltco. Y sin la menor duda, él estaba despierto.

—Santísima Trinidad… —balbuceó Luis María—. ¡El dios del fuego está despertando!

Los tres norteamericanos no le hicieron caso. Estaban dedicados a poner orden en los aparejos del novato, y, entre esto y el hecho de que para ellos *el dios del fuego* no significaba nada, siguieron con lo suyo, mientras Luis María corría hacia la cabina de mandos, y manipulaba en la radio.

—¡Pepe! —gritó—. ¡Pepe!, ¿me oyes?

Hizo el cambio, y en seguida, con toda claridad, oyó la voz de su gran amigote y colega José Chávez, que aquella mañana también había salido con su lancha y otros turistas en dirección a la isla de Las Animas.

—Te oigo… —aseguró Chávez—. ¿Algo va mal? Cambio.

—¡Ven a toda máquina para aquí! ¡Estoy frente a la parte baja de la isla, y el Xixaltco está despertando!

—¡No digas tonterías! —replicó Chávez—. ¡Yo también veo la isla, y no hay nada de eso, no veo humo, ni nada! ¿Has bebido, Luis María?

—¡Vete a la m…! ¡Te digo que el Xixaltco está despertando, veo los demonios del fuego agujereándolo para salir! ¿Vas a venir o no?

—Voy para allá. Pero cálmate, ¿quieres? Ese volcán lleva muerto cientos de años, y seguramente estás equivocado.

Luis María López cerró la radio, furiosamente, y miró a los tres norteamericanos, que al oírle gritar se habían vuelto hacia él y lo miraban, desconcertados. Luis María fue a reunirse con ellos a popa, y señaló hacia la isla, aullando:

—¡Xixaltco está despertando, miren!

Los clientes del excitado mexicano miraron hacia la isla, y vieron aquellos flamígeros destellos. Los vieron perfectamente, sin asomo de dudas. Eran como auténticas llamaradas de fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó el que mejor hablaba español.

—¡Están saliendo los demonios del fuego! —gritó Luis María.

Los otros dos norteamericanos se encaraban a su amigo, pidiendo una exacta traducción, pues entendían sólo a medias. El que sí lo entendía todo bien abrió la boca para darles la explicación…

Entonces, desde la isla de Las Animas, desde el dios del fuego llamado Xixaltco, llegó un rayo de fuego que los envolvió. Fue todo rapidísimo: llegó el fuego, la lancha quedó como encerrada en la bola de fuego, y en el acto ardió, con tal rapidez que en pocos segundos sólo fue una mancha de ceniza flotando sobre las hirvientes aguas.

Cuando, muy pocos minutos después, llegó José Chávez con su lancha, no quedaba ni rastro de la de Luis María López, ni de éste, ni de los tres turistas norteamericanos. Las aguas estaban normales, calmadas, transparentes. José Chávez miró hacia Xixaltco, y lo vio como siempre, pétreo, silencioso, frío.

Y de momento, Chávez pensó que su amigo Luis María le había gastado una estúpida broma, así que vociferó:

—¡Le voy a romper la cara! ¡Cuando volvamos a Acapulco, le voy a romper la cara, por idiota!

Capítulo primero

La rueda de prensa se estaba celebrando en uno de los lujosos salones del Chapman Hotel, cerca del Empire State Building, en Nueva York.

Sentado en el centro de un sofá, con un secretario de su embajada a cada lado, el embajador de Mobana, Oto Obaku, atendía las preguntas de los periodistas que habían sido invitados, y que formaban ante él un amplio y denso semicírculo. En aquel momento, el enviado del *New York Times* disparaba otra de sus preguntas:

—¿Quiere eso decir que habrá guerra entre su país y sus vecinos de Kamania, señor embajador?

Oto Obaku compuso un gesto de buen muchacho. Era un hombre alto, recio, grueso; llevaba la cabeza completamente afeitada, y como contraste, una barba ya con abundantes canas adornaba su recia barbilla. Hablaba muy bien el inglés.

—Pues… preferiríamos que no, sinceramente.

—Sin embargo, usted ha venido a Estados Unidos para pedir a nuestro gobierno un crédito de cien millones de dólares en armamento, ¿no es así?

—Sí, en efecto.

—Nosotros entendemos —deslizó otro periodista— que un país pobre, como es el suyo, y perdone, no se gastaría cien millones de dólares en armamento por capricho.

—Verdaderamente —volvió a sonreír Oto Obaku—, no estamos en situación de permitirnos caprichos.

—Entonces, habrá guerra.

—Nos gustaría poder evitarla —insistió Obaku.

—Pero no parece que existan muchas posibilidades en ese sentido, ¿no es cierto?

—Siempre hay posibilidades de evitar una guerra —aseguró

Obaku—, aunque, ciertamente, mi país no piensa ceder esas minas a Kamania de ninguna manera. La línea fronteriza está muy bien delimitada desde que ambos países obtuvieron la independencia: las minas están en territorio de Mobana. No hay duda al respecto.

—Pero las vetas de mineral cruzan la frontera. Es decir, se adentran en Kamania.

—Eso está por ver. Miren, señores, lo que ocurre es que en Kamania, como en Mobana, no hay trabajo para nadie, prácticamente. Ahora se han descubierto esas minas en Mobana, y nosotros estamos dispuestos a trabajarlas. ¿Qué hacen mientras tanto los de Kamania? Pues, se lo diré a ustedes: como no tienen otra cosa que hacer, se han propuesto molestarnos a nosotros. Nosotros queremos trabajar las minas; ellos quieren impedirlo, quieren guerra. Bien… Si quieren guerra, tendrán guerra.

—En el supuesto de que usted no consiguiese ese crédito de cien millones de dólares cuando vaya a Washington…, ¿qué ocurriría?

—Habría guerra de todas maneras, si los de Kamania persisten en su actitud. Nosotros no los molestamos a ellos: que ellos no nos molesten a nosotros. Con armas o sin armas, Mobana defenderá sus derechos.

—Quizá —apuntó otro periodista—, los derechos sean comunes, señor embajador, ya que, antes de ser independientes, Kamania y Mobana formaban parte del mismo territorio colonizado.

—Se establecieron fronteras… —replicó un tanto secamente Oto Obaku—. Y las fronteras se hacen para que sean respetadas.

—Sin embargo…

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, que acababa de llegar, buscaba con la mirada a alguien entre el grupo de periodistas que asediaban a Oto Obaku, pero no veía a esa persona, así que se acercó más, y metió la cabeza entre un par de hombros, poniéndose de puntillas para atisbar hacia las primeras filas.

Y entonces vio a la persona que buscaba.

Era la única mujer de la reunión, pero, aunque hubiesen habido cien millones de mujeres, habría sido lo mismo: sólo se la podía mirar a ella. Llevaba un precioso vestido de cóctel, de color azul claro, elegantemente escotado. El tono de su piel era dorado, y la belleza de las líneas de su cuerpo era sobrecogedora. Sentada en un

sillón cedido galantemente por los representantes de Mobana, permanecía inmóvil; parecía un maniquí perfecto, ideal, tal era su inmovilidad. Tenía la cabeza inclinada, de modo que sus largos cabellos negros, brillantes, suavemente ondulados, ocultaban casi completamente su rostro. En las manos, bellísimas, descansando en su regazo, sostenía un pequeño magnetófono a pilas, con lo que se ahorraba de tomar notas escritas.

Parecía tan absorta como si el mundo no existiese, como si ella ni siquiera estuviese allí. No se daba cuenta de nada, al parecer.

Charles Alan Pitzer no la llamó, no hizo seña alguna, no se esforzó en llamar su atención… Simplemente, se quedó mirándola con fijeza.

Y al cabo de pocos segundos, ella alzó la cabeza, y su mirada fue directa adonde estaba Pitzer. Parpadeó al verlo, se puso en pie, fue atrás del sillón, y, muy discretamente pasó a espaldas de sus colegas periodistas, que por un instante ni siquiera supieron de qué les estaba hablando Oto Obaku, al ver los grandiosos, bellísimos, maravillosos ojos azules y la sonrosada boquita de gesto dulcísimo de Brigitte Montfort, la reportera del *Morning News* de Nueva York.

Pero, además de periodista, la señorita Montfort era la agente Baby de la CIA, y había comprendido que la presencia de su jefe de Sector allí significaba urgencia de acción. Llegó junto a él, se tomó de su brazo, y se alejaron de la rueda de prensa, hacia el otro extremo del salón.

—¿Qué ocurre, tío Charlie? —susurró ella.

—Me imagino que ha leído usted algo estos días sobre el volcán Xixaltco —susurró también Pitzer.

—Sí, claro… Todo eso de que ha entrado de nuevo en actividad, que hay demonios de fuego que escapan por su boca… —Brigitte Montfort sonrió divertida—. La prensa mexicana ha desbocado su imaginación, ¿no le parece? Y todo por las palabras de un pescador que, seguramente, no fueron bien entendidas por el otro.

—Puede que tenga usted razón —admitió Pitzer—, pero lo cierto es que mucha gente ha concedido crédito a la vuelta a la actividad de Xixaltco, el dios del fuego, el solitario volcán en la mexicana isla de Las Animas. Mucha gente… Entre esa gente, la CIA, por ejemplo.

—¿Qué dice usted? —Se pasmó Brigitte.

—Lo cierto es que cualquier volcán puede de pronto entrar en

actividad, ¿no le parece? —La miraba expectante Pitzer.

—No lo sé. Quizá sí. Pero a mi juicio, todo esto de que el Xixaltco ha comenzado a lanzar demonios de fuego por su boca… es una solemne tontería. Bien está que un volcán lance fuego, cenizas, humo, lava… De acuerdo. Pero, tío Charlie. ¡Vamos…!, no me venga a mí con tonterías de demonios y cosas así. Además, ¿cómo serían ésos demonios de fuego? Tonterías… Nada más que tonterías.

—En efecto. Por eso, la CIA pensó que esos demonios de fuego podían ser rayos láser, pongo por caso.

La espía más astuta y audaz del mundo se quedó mirando fijamente a Pitzer, seria de pronto.

—¿Rayos láser? ¿Rayos láser desde el fondo de un volcán?

—Naturalmente, manipulados por el hombre.

De nuevo Brigitte se mostraba estupefacta, incrédula.

—¿Me está usted diciendo que hay alguien dentro del volcán Xixaltco, y que ese alguien hace… disparos con rayos láser? —musitó.

—La CIA piensa que ésa podría ser la causa de la desaparición de tres aviones de reconocimiento de la USAF.

Brigitte Montfort dejó de contemplar con amable ironía a Pitzer, quedó seria de pronto, nuevamente. Las palabras de su jefe estaban haciendo funcionar a toda velocidad su formidable memoria… Aunque no hacía falta tener demasiada memoria para recordar el tema que estaban tocando: en cuatro meses, tres aviones de la United States Air Force habían desaparecido durante sus vuelos de reconocimiento rutinario en el Pacifico, precisamente cuando los últimos partes por radio enviados por los pilotos, situaban esos aviones en la zona de la Fosa de México… Es decir, muy cerca de donde se hallaba la isla de Las Animas, y, en ella, el volcán Xixaltco.

Y hacía pocos días, el mexicano llamado Luis María López, que se dedicaba a alquilar su lancha a turistas norteamericanos para ir a practicar la pesca de altura, precisamente por aquella zona también, delante de Acapulco, había desaparecido en el mar.

A partir de ese momento, y tras declaraciones a los periódicos mexicanos, José Chávez había alcanzado una gran popularidad, y, por supuesto, la isla de Las Animas se había visto asaltada por gran cantidad de periodistas que querían comprobar que, en efecto,

Xixaltco volvía a entrar en erupción, lo cual, según parecía, no había hecho desde más de trescientos años atrás, hacia el mil seiscientos cincuenta. El desencanto de los periodistas y curiosos había sido grande: Xixaltco seguía durmiendo su pacífico y frío sueño.

Así que, después de mucho llenar páginas de periódicos, se había llegado a la conclusión de que Luis María López había visto visiones, quizá provocadas por un accidente sufrido por su lancha. Un accidente que quizá la había incendiado, o había estallado el depósito de combustible… Un accidente, en fin, que había terminado arrastrando al fondo del mar la lancha de Luis María López, con éste y sus clientes.

Y ahora, después que el mundo estaba olvidando la sensacionalista noticia de días atrás, llegaba Charles Alan Pitzer, uno de los jefes de Sector Nacional de la CIA, y decía aquello…

—Yo diría —musitó por fin Brigitte— que esto es bastante fantástico, tío Charlie.

—Quizá. Sin embargo, nosotros no creemos en dioses del fuego, brujería, ni cosas de ésas, ¿verdad, Brigitte?

—Desde luego que no. Pero todo eso no ha pasado de ser una noticia curiosa periodística… Cierto que habrá una explicación razonable al accidente de esa lancha de pesca y a la desaparición de tres aviones de la USAF, pero… ¡un rayo láser dentro de un volcán! ¿Y con qué objeto? Si mis conocimientos geográficos no fallan, esa isla de Las Animas está en pleno Pacífico, a unas cien millas de Acapulco… Me pregunto quién instalaría allí un rayo láser… y para qué. Bien… Vaya —sonrió—, de todos modos no me disgustaría ir a Acapulco, y tener allí mi base de… investigaciones. Porque usted ha pensado en enviarme a Acapulco a investigar eso, ¿no es cierto?

—Ya fueron enviados allá dos agentes de la CIA. Desde la Central se envió la orden a Ciudad de México en cuanto se difundió la noticia de lo sucedido al mexicano Luis María López. Entonces, nuestro jefe en Ciudad de México envió dos hombres a Acapulco, para que desde allí realizasen investigaciones más a fondo de las que podían hacer los periodistas, examinando por su propia cuenta la isla de Las Animas, el Xixaltco… En fin, todo.

—Me parece estupendo. ¿Y qué han dicho esos dos agentes después de investigar?

—Nada. No han vuelto.

—¿Les han matado? —Palideció Brigitte.

—No han vuelto, eso es todo. Han desaparecido. Nuestro jefe en Ciudad de México dejó de recibir noticias de ellos. Por fin, avisó a la Central. Y la Central…

—La Central quiere que Baby vaya a Acapulco.

—Así es.

—Bien… Por supuesto que voy a ir. Pero necesitaré más detalles sobre…

Pitzer le tendió un sobre.

—Su avión sale a las ocho de la mañana. Tiene reservada una *suite* a su verdadero nombre en el hotel María Isabel Sheraton, en Ciudad de México. Una vez allá, nuestro jefe en esa ciudad se pondrá en contacto con usted, y la pondrá al corriente de muchos más detalles de los que podría facilitarle yo o la Central, pues, mientras la espera, está haciendo investigaciones por su cuenta.

—¿Ha sido advertido de mi llegada?

—Por supuesto.

—Muy seguros estaban ustedes de que yo iría allá.

—Cuando le ocurre algo a uno de los agentes de la CIA, nadie en la CIA tiene la menor duda respecto a que usted aceptará todo lo que se le proponga: ama demasiado a esos muchachos llamados todos Simón. Tenga cuidado, Brigitte.

—Lo tendré. ¿Algo más?

—No. Feliz viaje… ¿Qué están tratando en esta rueda de prensa? —señaló Pitzer a los periodistas.

—Una guerrita —sonrió fríamente la espía más implacable del mundo.

—¡Oh!… —Pitzer entornó los ojos, como queriendo ocultar su expresión astuta—. Y usted, naturalmente, querrá impedirla, porque es lo que más odia. ¿Va a ir a África en lugar de Acapulco?

—Puedo solucionar eso sin ir tan lejos.

—¿Quiere decir que puede impedir esa… guerrita?

—Naturalmente.

—¿Y cómo? Por lo que he oído, la situación…

—¿Se apuesta usted diez dólares, tío Charlie? Es lo que vale un buen sarape mexicano, y quisiera comprarme uno en Acapulco. Un pequeño capricho que puede costear su bolsillo. ¿Va la apuesta?

—¿No podría ser algo mayor? Para una vez que voy a ganarle algo a usted, me gustaría apostar más de diez dólares.

—¿Cuánto?

—Mmmm… ¿Quinientos?

—¿Por qué no mil? —rió quedamente Brigitte.

—Van los mil.

—De acuerdo. Salgamos de aquí.

—¿Salir de…? Pero la rueda de prensa…

—Ya no me interesa. No dirán nada nuevo. Vamos afuera… ¿Me invita a fumar?

Tres o cuatro minutos más tarde, la rueda de prensa se dio por terminada, y los periodistas comenzaron a salir, saludando a Brigitte Monfort apresuradamente, camino de sus respectivos periódicos. Los últimos en salir, todavía contestando las preguntas de algunos periodistas rezagados, fueron Oto Obaku y sus dos secretarios. Brigitte sonrió a Obaku, que le devolvió la sonrisa, y, cuando los últimos periodistas se alejaron, se acercó a ella.

—Señorita Montfort… Montfort, ¿verdad?

—Así es, señor Obaku: del *Morning News*.

—Sí… Eso es. Bien: ¿No le interesaba mi rueda de prensa?

—Muchísimo, se lo aseguro. Pero he preferido salir, para poner en orden mis ideas… Quisiera hacerle una proposición.

Obaku parpadeó, miró a Pitzer, de nuevo a Brigitte… Sus secretarios no estaban menos expectantes que él y que Pitzer.

—¿Una proposición? —murmuró—. ¿Sobre qué?

—Ante todo, conteste con sinceridad a una pregunta: ¿usted desea realmente que no haya guerra entre Kamania y Mobana?

—Desde luego —frunció el ceño Oto Obaku.

—Entonces, ésta es mi propuesta: desde aquí, no vaya usted a Washington, sino a San Nataniel… ¿Conoce ese pequeño país?

—Sí, claro.

—Vaya allá, en visita privada, y pida ser recibido por el presidente de San Nataniel. Es un hombre joven, muy guapo y muy inteligente. Pídale de mi parte diez millones de dólares en dinero, no en armas. Con ese dinero, vuelva usted a Mobana, y de allí vaya a Kamania, en visita oficial. Ofrezca a Kamania cinco millones de dólares para la adquisición de maquinaria de minas, con la única condición de que la frontera entre ambos países sea modificada a

favor de Mobana hasta donde lleguen las vetas del mineral que ustedes quieren explotar. Una vez los de Kamania hayan aceptado esto, todos los hombres que ahora no tienen trabajo y que por tanto están buscando pelea, se hallarán muy ocupados trabajando en las minas de Kamania que sin duda existen en otras partes de este país. Mobana tendrá sus minas, Kamania tendrá sus minas, todo el mundo tendrá trabajo, y dentro de poco estarán demasiado ocupados manejando sus ganancias para pensar en guerras. Dentro de cinco años, entre ustedes y los de Kamania, devuelven a San Nataniel veinte millones de dólares. Y ya está.

Los tres negros y Pitzer estaban como petrificados. Por fin, Oto Obaku parpadeó, como primer signo de reacción. Luego sonrió con cortés amabilidad.

—Es una proposición muy interesante… —dijo—. Buenas tardes, señorita Monfort.

—Buenas tardes, señores —sonrió Brigitte.

—Por todos los demonios… —masculló Pitzer, cuando los tres negros se alejaban—. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante barbaridad? ¿Espera usted que Kamania ceda parte de su territorio a Mobana?

—Se trata de modificar la frontera: si pierden tierra de aquí, ganarán de allá. Y siempre es mejor cinco millones de dólares para abrir nuevas minas que perder cientos de hombres, quizá miles, en una guerra estúpida. Así que… vengan esos mil dólares, tío Charlie.

Pitzer soltó un bufido.

—¡Ni hablar de eso! ¡Ese hombre no ha aceptado su idea, ni creo que la acepten los de Kamania, ni…!

—Bueno. Ya hablaremos a mi vuelta de Acapulco.

Capítulo II

A las doce del mediodía, hora local, la señorita Brigitte Montfort, periodista norteamericana, llegaba al Aeropuerto Central, a siete kilómetros de Ciudad de México. Sin contratiempo alguno, tomaba un taxi a las doce y veinte. Y a la una y cinco llegaba al hotel María Isabel Sheraton, categoría de lujo, donde, en efecto, tenía reservada una formidable *suite*, en la que, tan sólo quince minutos más tarde, se hallaba instalada.

Se hizo subir el almuerzo, muy ligero, y luego se tendió en la cama y se quedó dormida al instante. A las cuatro y media, despertó, miró su relojito, y frunció el ceño, mirando seguidamente la pequeña radio de bolsillo que había dejado sobre la mesita de noche. Llevaba ya cuatro horas y media en Ciudad de México y Simón no se había puesto en contacto con ella… Mal presagio.

—¿Sí? —musitó.

—¿Baby?

—¡Hola, Simón! ¿Está usted bien?

—Sí, sí. Acabo de llegar de Acapulco, donde he estado metiendo mis narices casi por todas partes. Podríamos…

—¿Han aparecido nuestros dos compañeros?

—No. Iba a decirle que podríamos encontrarnos para charlar un rato. A menos que, como es habitual en usted, prefiera no conocerme y que le dé mi informe por la radio.

—No… En esta ocasión nos veremos. ¿No ha conseguido una pista de Simón y Simón? ¿Nada?

—Nada en absoluto. ¿Le parece bien que nos veamos en Xochimilco?

—Pero eso está fuera de Ciudad de México, hacia el Sur… ¿Por qué tan lejos?

—Le diré la verdad: después de lo que todos pensamos que ha podido sucederles a nuestros dos compañeros, no me hace mucha

gracia dejarme ver por ahí. Y no es que tenga un miedo idiota, pero…

—Le comprendo, Simón. De acuerdo: tomaré un taxi e iré a Xochimilco.

—Gracias. Hágase llevar a los jardines flotantes, y espéreme junto al embarcadero principal, por favor.

—Está bien. ¿Cómo le reconoceré? ¿Cómo es usted?

—Entiendo que usted no resulta difícil de identificar, así que yo la abordaré a usted.

—De acuerdo. ¿Cuánto calcula usted que tardaré en llegar allá?

—No se preocupe por eso. Llegue cuando llegue, yo la estaré esperando.

—Pues hasta ahora.

Cerró la radio, la guardó en su maletín rojo con florecillas azules, y salió con éste de la *suite*. Abajo, el portero le pidió un taxi, y poco después cruzaba la ciudad hacia el Sur, mirando a todos lados… Hay quien cree que apenas llegar a México se va a encontrar con caballos, mariachis y guitarras; luego, llegan, y ven grandes edificios, amplias avenidas, jardines… Gran desencanto inicial, ya que la diferencia entre Ciudad de México y Chicago, por ejemplo, no es demasiada en este aspecto.

Xochimilco era diferente. Ya el nombre tenía un cierto encanto, pues en indio significa Prado de las Flores… Y cuando, finalmente, llegó al lago, donde estaban las barcas llamadas *jardines flotantes* por sus adornos florales, pensó que el viaje sí valía la pena.

Pagó al taxista, y se acercó al embarcadero. Desde allí, estuvo contemplando las barcas pintadas de alegres colores y adornadas con flores que tomaban forma de letras, y, con éstas, se componía el nombre de cada barca: *Lolita, Teresita, Yolanda, María, Conchita, Lupita…*

Vio al hombre en cuanto apareció, y se quedó mirándolo fijamente.

—¡Hola! —saludó—. ¿Nos damos un paseo en barca, retechula?

Brigitte Montfort sonrió.

—Depende de cómo se llame usted —dijo—. Soy un poco maniática con los nombres masculinos, señor.

—¿Le gusta Simón?

—Me encanta. ¿Qué nombre de mujer le gusta a usted?

—Baby, por ejemplo.

—Me parece que sí voy a aceptar ese paseo en barca, señor Simón.

—Voy a ver si consigo una para nosotros dos. ¿O prefiere que charlemos mientras paseamos por los jardines?

—La verdad es que me gustaría pasear en barca. Resulta encantador.

Simón-México asintió con un gesto, y se alejó de ella. Tres minutos más tarde, había contratado una barca para ellos solos… El barquero miraba estupefacto a Brigitte, y sólo supo reaccionar cuando ya los dos a bordo se quedaron mirándolo intrigados. El hombre reaccionó suspirando, y comenzando a mover la pértiga, de pie él en la proa… La barca comenzó a deslizarse suavemente hacia el interior del lago.

—Será mejor que hablemos en inglés —dijo Simón—. Bueno, ¿le he dicho ya que considero un gran honor y un placer conocerla?

—No. No lo ha dicho.

—Delo por dicho. Esto…

—Está usted muy preocupado, ¿verdad? —susurró Brigitte.

—Sí. Ya sé que lo que voy a decirle no le gustará, pero debo decirlo: creo que nuestros compañeros han muerto. Los han matado.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—Eso ya se verá.

Simón movió la cabeza con gesto de pesar.

—Me temo que no veremos nada de nada. Están muertos y en el fondo del mar… Jamás los volveremos a ver, Baby. Ya sé que usted lo siente, pero imagínese yo, que llevaba cuatro años trabajando con uno de ellos, y dos y medio con el otro. Juntos hemos…

—¿Cuáles fueron las últimas noticias que usted tuvo de ellos? —preguntó Baby, pálida.

Simón sacó un paquete de cigarrillos, ofreció uno a Baby, y quedó pensativo, fumando los dos.

—Bien… Fue cuando se dispusieron a cumplir mis órdenes… Ordenes que, naturalmente, tenían su origen en la Central, en Langley. Veamos, yo recibí órdenes de investigar adecuadamente la isla de Las Animas, en la cual, como usted sabe, se halla un único volcán, el Xixaltco…, llamado el dios del fuego. Bueno, un momento: supongo que usted está al corriente de todo esto que ha

ocurrido hace unos días…

—Sí, sí. Y lo de los tres aviones desaparecidos. Todo.

—¡Ya! Bien, pues envié a Acapulco a… Simón y Simón, con órdenes de investigar la isla de Las Animas, pero, claro, no como periodistas o turistas, sino como lo que eran… o son. Al llegar a Acapulco me avisaron de que se habían instalado en uno de los *bungalows* del hotel Tropicano, en la avenida de Miguel Alemán, delante mismo de la playa Los Hornos. Bueno, está la avenida de por medio… Se instalaron allí, estuvieron un día escuchando todo lo que se decía en Acapulco respecto a esa… erupción del Xixaltco, leyeron periódicos, revistas. Pero, las informaciones locales, como temíamos, no les resolvieron ninguna duda. Por lo tanto, me llamaron, y me dijeron que esa noche iban a hacer una visita privada al volcán, que ya tenían material adecuado, que habían alquilado una lancha… En fin, todo estaba preparado, y saldrían hacia la isla de Las Animas hacia las diez de la noche.

—Bien —asintió Brigitte—. ¿Qué más?

—Nada más. Ya no he sabido nada más de ellos.

—Entiendo —susurró Brigitte—. ¿Los ha estado buscando por Acapulco hasta ahora?

—Sí, hasta esta mañana, en que emprendí el regreso a Ciudad de México para ponerme en contacto con usted. Y… le voy a decir algo que le deprimirá, algo que ha dado lugar a que yo esté convencido de que los dos han muerto: pagaron su estancia en el hotel Tropicano.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Pregunté por teléfono por ellos, desde un teléfono público. Me dijeron que, en efecto, los señores tal y tal habían estado allí, pero que se habían marchado una noche urgentemente. Tan urgentemente que no se habían despedido: dejaron una cantidad de dinero por su estancia allí, recogieron sus cosas, y se fueron. No, —se adelantó a la pregunta de Brigitte—: nadie los vio.

—Bien… Eso podría significar que regresaron del Xixaltco, ¿no?

—Me habrían llamado, para decirme si habían encontrado algo o no. Yo creo que los mataron, y luego fueron al hotel, dejaron dinero del hospedaje, recogieron todas sus cosas, y así no ha habido intervención policial, ni investigaciones. Dos norteamericanos llegan a un hotel de Acapulco, están un par de días, y luego se

marchan. Es todo. Pero yo insisto en que ellos no regresaron de esa isla.

—¿Qué me dice de la lancha? Si alquilaron una lancha, y ellos no regresaron, el propietario habrá hecho una denuncia…

—No. Localicé al hombre que la había alquilado. Recordaba los nombres que ellos le dieron, y sus rostros… Los recordaba.

—¿Qué dijo ese hombre?

—Estoy seguro de que usted lo ha adivinado ya.

Brigitte volvió a pasarse la lengua por los labios, que notaba secos.

—¿El hombre encontró su lancha en el embarcadero, por la mañana? —musitó.

—Efectivamente. Pero él tampoco los vio regresar, y como ya le habían pagado, no le dio importancia al caso, desde luego.

—Ya. Hábleme ahora de esos… demonios de fuego que brotaron del Xixaltco, según el mexicano Luis María López, el desaparecido en el mar con sus clientes pescadores. Qué es eso de los demonios de fuego.

—Parece que hace bastantes cientos de años, el Xixaltco entraba con frecuencia en erupción; y de tal modo, que desde la costa continental se veían grandes llamaradas de fuego, y enormes nubes de humo negro… Esto dio lugar a una leyenda india que aseguraba que en el mar había demonios de fuego. Luego fue descubierta la isla, y por supuesto localizado el Xixaltco, con lo que todo quedó perfectamente explicado. A pesar de eso, y de que hace trescientos años que el volcán se extinguió, la leyenda india todavía circula.

—Pero Luis María López no era indio.

—Mestizo. Bueno, en México todavía hay cosas que se recuerdan como si las leyendas fuesen historia, o poco menos. Pero, claro, todo eso de los demonios de fuego son tonterías. El volcán puede volver a entrar en actividad o no, pero nada de demonios de fuego.

—Está comprobado en estos días que el Xixaltco no ha vuelto a la actividad, ¿verdad?

—Comprobadísimo. Han ido allá cientos de periodistas, y miles de personas, en barco, lanchas, helicópteros, avionetas… ¡Yo qué sé! Se ha escrito, se ha hablado, algunas personas han bajado al interior del cráter… El Xixaltco está muerto, apagado para siempre.

—Entonces…, ¿cree usted que lo que vio Luis María López fue,

efectivamente, un rayo láser?

—Francamente, Baby, a mí me parece esto un poco fantástico, pero, entre creer en eso que ha movilizado a la Central, y creer que el volcán despidió demonios de fuego, me quedo con lo primero. Hoy día, es más posible ver un rayo láser que el Xixaltco en erupción.

—Pero Luis María López no vio un rayo láser.

—¿No? ¿Qué vio, entonces?

—No lo sé. Pero sí sé que el rayo láser es una línea recta y única, no varios… demonios de fuego.

—Si no me equivoco, usted está sugiriendo que Luis María López vio algo, efectivamente.

—¿Por qué no? Mire, si ese mexicano hubiese salido sólo a pescar, o a pasear con su lancha, y hubiese regresado diciendo que había visto los demonios de fuego del Xixaltco, yo creería que estaba divirtiéndose, o buscando el modo de que los periódicos hablasen de él y tener así una notoriedad pasajera, que quizá empujase a muchos turistas a alquilar su lancha, hablar con él, darle buenas propinas… Pero no. Luis María López ve algo, consigue comunicar con la radio de su amigo José Chávez, le dice eso de los demonios de fuego…, y luego no se le encuentra en parte alguna, a pesar de que Chávez, que estaba a pocas millas de allí, acudió rápidamente cuando la comunicación se cortó bruscamente… ¿No sucedieron así las cosas?

—Sí… Sí, sí, pero…

—Creo que haré una visita al Xixaltco —cortó Brigitte.

—Nadie ha encontrado nada allí. Además, su propietario está ya harto de…

—¿Su propietario? ¿Es propiedad privada?

—Hace varios años. La compró un hombre llamado Juan de Dios Machado. Y sigue siendo de él. Hasta ahora, ha permitido que todos los periodistas atraídos por la noticia deambulasen por la isla, que viesen el volcán, etcétera. Y a todos los curiosos que han querido ir se les ha permitido la entrada. Pero ya está harto de tantas molestias, según tengo entendido, así que se ha trasladado unos cuantos días a Acapulco, para que los últimos curiosos vayan allá, y a su regreso no permitirá más visitas, pues espera que todos se habrán convencido de que el volcán sigue apagado, que nada

importante hay ni ocurre allí.

—Y eso… ¿es verdad?

—¿El qué?

—Que nada importante hay ni ocurre allí.

—Nosotros lo decidiremos, ¿no? —sonrió fríamente Simón.

—Vamos a ver… Si nada importante hay allí, ¿para qué quiere ese Juan de Dios Machado la isla con el volcán? ¿Qué hace allí, a cien millas de Acapulco, de la costa? ¿Qué hay en esa isla que valga la pena?

—Guano. Abono de aves marinas, ya sabe… ¡Excrementos de aves, demonios! Machado lo vende, y parece que le va muy bien. Hay unos acantilados enormes en la parte de atrás de la isla, siempre llenos de gaviotas y animales de ésos, que hacen sus deposiciones allí. Cada seis meses, el guano es recogido y vendido. Bueno, creo que antes acaban de secarlo, o no sé qué procesos realizan… No entiendo mucho de eso.

—Yo tampoco. Bien, ¿qué más hay?

—Nada más. Guano, gaviotas, alcotanes, bichos de ésos… En la parte Este de la isla, o sea, de cara al continente, Machado se ha construido una bonita casa, jardines, hay una playa preciosa, embarcadero… Un hermoso y tranquilo lugar donde vivir sin que vengan personas a fastidiarlo a uno. Cuando quiere divertirse viene a Ciudad de México, o a Acapulco, simplemente, y ya está.

—¿Ahora él está en Acapulco?

—Sí. En el Holiday Inn, uno de los hoteles más lujosos, en la mismísima Condesa Beach… ¿Ha estado usted antes en Acapulco?

—Algunas veces.

—Bien, pues ya sabe que Condesa Beach es la mejor y más bonita playa de allá, ¿no? Ese tipo sabe vivir. Y sabe gastar dinero. Me pregunto…, y supongo que usted también se lo pregunta, si todo su tren de vida sale de esos excrementos de aves.

—Lo indudable —sonrió Brigitte— es que el señor Machado no se dedica a negocios muy limpios.

—Buen chiste —sonrió también Simón—. Espero que podamos reírlo los cuatro.

—¿Los cuatro?

El gesto de Simón se ensombreció.

—No pierdo la esperanza de que ellos puedan estar vivos —

murmuró.

—Eso es lo último que debemos perder. A propósito, se me facilitaron unas fotografías de ellos dos, de Simón y Simón, antes de salir de Estados Unidos —abrió su maletín—, y quisiera que usted les echase un vistazo. A veces se cometen errores tontos.

Del doble fondo sacó cuatro fotografías, dos de cada agente de la CIA desaparecidos, y las tendió a Simón, que las miró brevísimamente.

—Sí… Son ellos. ¿Sabe sus nombres verdaderos?

—No… Ni me interesan. Para mí son Simón y Simón.

Rompió las fotografías en pedazos pequeñísimos, y los fue dejando caer al agua. Cuando miró a Simón, supo en el acto lo que éste pensaba en aquel momento: que también los cuerpos de Simón y Simón debían estar ahora, como sus fotografías, bajo el agua. Cientos y cientos de metros de agua salada, toneladas de agua…

—Supongo —dijo Simón, con voz tenue— que quiere usted regresar ya a Ciudad de México.

—Sí. Saldré cuanto antes hacia Acapulco.

—¿Qué hago yo?

Ante todo, vaya a Ciudad de México y desmonte nuestra red ahí. Ordene al resto de nuestros compañeros que abandonen la capital, que se lleven todo el material: radios, armas…, lo que tengan. Todo. Y digo todo, Simón.

—¿Vamos a dejar sin vigilancia la capital?

—Quizá dentro de unos días podamos volver a instalarnos. De momento, no quiero a nadie de los nuestros en ella. Una vez haya ejecutado estas órdenes, desaloje su vivienda, y sin dejar rastro alguno vaya también a Acapulco; pero no vuelva a acercarse por los lugares donde estuvieron o pudieran haber estado Simón y Simón. ¿Comprende?

—Sí. ¿Le aviso cuando llegue allá?

—No. Yo le llamaré a usted cuando lo necesite… A propósito de esto: cambie la onda de su radio de bolsillo. Ya no vamos a utilizar la habitual de México, pues si todo lo que usted supone es cierto, alguien puede estar en posesión de las radios de Simón y Simón. Si esa persona o personas están en Acapulco, no han podido captar nuestro contacto en Ciudad de México, pues la distancia es excesiva, pero nos podrían oír en cuanto nos comunicásemos en Acapulco.

—Sí, entiendo. ¿Qué onda pongo? Conozco varias del continente americano, y puedo…

—No. Del continente americano, nada. Coloque la onda Europa 26-541. Y recuerde que no me debe llamar salvo que sea importante y urgente. Para todo lo demás, yo le iré llamando periódicamente.

—¿Con qué periodicidad?

—No lo sé —Brigitte sonrió—: Con la que pueda. Y no le digo cuál porque si me retrasase lo preocuparía. Y eso es algo que no debe usted hacer en ningún momento: preocuparse por mí. Otra cosa todavía: apenas llegue, vea el modo de conseguir una lancha lo más veloz posible, equipo para bucear, y también un helicóptero. Si no pudiese encontrar un helicóptero, busque un hidroavión. Luego, espere mis llamadas.

—De acuerdo. ¿Entiendo que saldrá esta misma tarde para Acapulco?

La agente Baby reflexionó unos segundos, antes de mover negativamente la cabeza.

—No. Ya es tarde para eso, llegaría allá alrededor de medianoche, entre unas cosas y otras. Y prefiero llegar por la mañana… Tomaré un avión de la Aeroméxico, y al llegar allá alquilaré un coche. Por si llegase a necesitarme con urgencia y no pudiera disponer de la radio de bolsillo por cualquier causa, estaré en el Holiday Inn.

—¿En el mismo hotel que Juan de Dios Machado? Bueno, no sé si eso…

—Ya le he dicho que no debe preocuparse por mí. Bien, creo que el paseo ha terminado, Simón, a menos que tenga usted algo más que decirme.

—No… Nada más. ¿Quiere que la lleve a Ciudad de México en mi coche?

—¡Desde luego que no! Y tenga mucho cuidado en la capital —Brigitte arrancó una flor de las que adornaban la barca, y se la tendió—. Tenga: espero que esto le dé suerte.

—Gracias —sonrió Simón—. Pero tengo entendido que cuando usted interviene, el factor suerte se da por descontado. Una suerte que dura ya muchos años… ¿No teme que algún día se le acabe la suerte, Baby?

—Sí, lo temo —admitió la divina—. Pero siempre hay recursos

para todo.

—Ya sé que usted los tiene, pues de otro modo ni toda la suerte del mundo habría sido suficiente para que usted siga viviendo. Ahora, como favor personal, dígame qué clase de recursos utilizaría en esta ocasión si se le terminase la buena suerte de pronto.

—No me gusta que mis muchachos desaparezcan…, y menos, que me los maten, Simón. En estas ocasiones, cuando la buena suerte desaparece, siempre utilizo el mismo recurso.

—Bien… ¿Cuál?

—Usted, que naturalmente habla y entiende perfectamente el español, entenderá sin duda mis palabras: ese recurso es la mala uva.

Simón-México se quedó mirando con fijeza aquel rostro bellísimo y dulce, que de pronto parecía haberse congelado. Sí, era como si los azules ojos se hubiesen convertido en hielo.

—Es un recurso muy eficaz —murmuró, sonriendo a medias—. Pero unas palabras como ésas suenan un poco mal en una dama como usted.

—Quizá —admitió Brigitte—: Pero yo siempre llamo a las cosas por su nombre, Simón.

Capítulo III

Si había que llamar a las cosas por su nombre, no cabía duda de que Acapulco bien pudiera merecer el que le habían aplicado: Paraíso del Pacífico.

Desde el aeropuerto, un taxi llevó a la señorita Montfort a la ciudad, concretamente al Holiday Inn, ubicado delante mismo del mar, con playa privada en Condesa Beach. Había habitaciones con vistas al mar o con vistas a la montaña; bares, restaurantes, tiendas, club nocturno, dos piscinas… Y en la playa privada se podían conseguir interesantes medios de diversión, como pesca, paseos por mar, esquí acuático…

Lo que ya no parecía tan fácil de conseguir era alojamiento en el Holiday Inn, a menos que se hubiese hecho la reserva con mucha antelación. Sin embargo, diversos factores intervinieron a favor de la señorita Montfort en este sentido.

Total, que quedó instalada en el Holiday Inn, a las diez y media de la mañana. A las doce había hecho algunas compras en las *boutiques*, y había alquilado un coche, ni más ni menos que un «Thunderbird», por supuesto de fabricación norteamericana, que quedó a su disposición en el estacionamiento.

A las doce y diez, ya cambiada la onda de su radio de bolsillo, llamó, y obtuvo inmediata respuesta por parte de Simón-México.

—Quería asegurarme de que había llegado, Simón —dijo.

—Llegué anoche mismo —explicó el espía—. En cuanto terminé de cumplir sus instrucciones respecto a la capital me vine aquí. Ya tengo una lancha y todo el equipo para bucear que pueda pedirme. Espero conseguir muy pronto un helicóptero.

—Magnífico. Espero que no se haya alojado en el hotel Tropicano, como hicieron Simón y Simón.

—No. Estoy en el motel El Morro, muy cerca de la playa de este

nombre. Cabaña número siete.

—De acuerdo. Acabe de contratar ese helicóptero, y luego no haga nada hasta que yo le avise. ¡Adiós, Simón!

—¡Adiós!

A la una menos diez, después de enterarse muy discretamente de la *suite* que ocupaba permanentemente Juan de Dios Machado, la señorita Montfort hizo una cosa muy fea: con una ganzúa abrió la puerta de aquella *suite*, entró en ella aprovechando que era la hora del almuerzo, y se dedicó a registrarla; pero, eso sí, con gran delicadeza y buenos modales, sin estropear nada. Y naturalmente, sin robar nada: ella era una dama, no una vulgar ladrona.

Lo único que encontró relativamente digno de interés en aquella *suite* fueron algunos documentos relativos a los negocios de guano del señor Machado.

Esto, por una parte. Por otra, fue obteniendo conclusiones respecto a los gustos y personalidad de Machado tan sólo viendo sus ropas, sus corbatas, camisas, zapatos, calcetines, maquinilla de afeitar, masajes y colonias. Sumándolo todo, obtuvo el resultado de que Juan de Dios Machado era un hombre más bien alto, delgado, de buen gusto, pulcro, ordenado y serio.

Y como nada más tenía que hacer allí, se marchó un tanto decepcionada porque no había encontrado pruebas o indicios de otras actividades por parte del hombre que le interesaba.

Hacia las cinco de la tarde, tras dormir una siesta después del almuerzo, se fue en busca de otro hombre que le interesaba. No le resultó difícil localizar su domicilio, pues, desde hacía días, era popularísimo: José Chávez, Pepe, vivía en una casita de una sola planta cerca del embarcadero, y, por un billete de cinco dólares un muchachito mexicano aceptó encantadísimo conducir allá a la bella señorita norteamericana.

Pepe no estaba en casa, pero sí estaba su mujer, y los dos niños del matrimonio, que se quedaron mirando fascinados a la increíblemente hermosísima visitante.

—Hace días que viene siempre muy tarde —dijo la mujer de Pepe, con cierto tono de rencor—: Desde aquello, siempre está por ahí, bebiendo con todo el mundo, y contando todas esas tonterías del Xixaltco…

—¿Tonterías? —sonrió Brigitte—. ¿Se lo parecen a usted,

señora?

—¡Claro que sí! Bueno, al principio, como todos, creí que podía ser verdad, pero luego ya no. Fueron allá muchas personas que entienden de esto más que yo, y dijeron que no había fuego en el volcán, que hacía años y años que no había fuego… ¿Sabe lo que pasa con todo esto, señorita?

—Pues, no —volvió a sonreír Brigitte—. ¿Qué es lo que pasa?

—Que todos son unos tontos que no saben con qué pasar el rato, y lo pierden hablando del Xixaltco. Así se divierten y se hartan de beber… ¡Y no trabajan! Hace yo qué sé cuántos días que Pepe no sale con la lancha a pescar, ¿usted entiende?

—Me parece que sí. Yo también quiero hablar con su marido, pero conmigo no perderá el tiempo —sacó un billete de cien dólares y se lo tendió—. Esto es una prueba de lo que digo. Si su marido hace lo que voy a decirle, tendrá cuatrocientos dólares más.

—¿Y qué tiene que hacer? —Se pasmó la señora Chávez.

—Su marido debe conocer muy bien estas aguas, y la isla de Las Animas la habrá visto cientos de veces, ¿verdad?

—Seguro que sí… ¡Seguro!

—Muy bien. Dígale que dibuje la isla, y que haga una cruz donde estaba él cuando recibió la llamada de su amigo López, y un círculo donde debía estar López en el momento que comunicó con él por la radio… Luego, que escriba en un papel, a su manera, pero con toda *exactitud*, lo que le dijo López, lo que dijo él, y qué hizo luego, y qué encontró cuando llegó al lugar donde él creía que debía estar López… ¿Me ha entendido?

—Sí, señorita. Pero eso…, ya lo ha dicho muchas veces a muchas personas.

—¿También dibujó la isla y todo eso?

—No… Que yo sepa, no.

—Esta vez deberá hacerlo. Cuando tenga lo que le pido, que me avise al Holiday Inn, o que vaya a llevármelo. Que pregunte por la señorita Montfort.

—Señorita Monforte, sí.

—Eso es —sonrió Brigitte—: Monforte. ¡Adiós, señora Chávez! ¡Adiós, pequeños!

Salió de la casa, y sonrió una vez más cuando, poco menos que pisándole los talones, vio salir a los dos niños a toda velocidad,

corriendo cada uno en una dirección. Sin duda, la señora Chávez los enviaba en busca de su marido, para que, al menos, se ganase quinientos dólares por hacer unos dibujos, y por escribir unas cuantas palabras.

Así que no se extrañó lo más mínimo cuando alrededor de las ocho y media, mientras ella terminaba de cenar en el comedor-terraza del hotel, apareció un botones acompañando a un hombre de algo más de treinta y cinco años, robusto, sólido, muy bien peinado y afeitado, con cara de estar un poco asustado, sin duda por la elegancia del lugar. Llevaba gorra, y una camisa inmaculadamente blanca, planchadísima y nueva, lo cual empeoraba todavía su aspecto de pez fuera del agua.

El botones se acercó a ella tras buscarla con la mirada por el comedor.

—La buscan a usted, señorita Montfort —musitó—. Bueno, el conserje ha entendido Monforte, pero…

—Sí, sí. ¿Ese hombre es Chávez?

—Sí. ¿Le digo que la espere en…?

—No. Pídame una botella de champaña y dos copas, y dígale al señor Chávez que venga a sentarse a mi mesa.

—¿Que venga… aquí?

—Naturalmente —Brigitte lo miró con ironía—. ¿No son ustedes los que dicen que donde esté un mexicano, tiene derecho a estar otro mexicano?

—Le diré a Chávez que venga —murmuró el botones.

—Y no olviden el champaña.

El botones se alejó, le dijo algo a Chávez, y éste vaciló… Pero, desde su mesa, Brigitte le hizo señas, y el hombre, tras vacilar de nuevo, comenzó a acercarse, lentamente, quitándose la gorra, con lo que su impecable peinado quedó más de manifiesto.

—¿Señorita Monforte? —susurró Chávez, inquieto, cuando se detuvo ante ella, al otro lado de la mesa.

—Montfort —sonrió amablemente Brigitte—. ¿Cree que podrá pronunciarlo, señor Chávez?: Monfort.

—No sé… Bueno, yo le traía una cosa, pero.

—Siéntese, señor Chávez. Delante de mí. ¿Ha cenado ya?

—No…

—En ese caso, espero que acepte mi invitación: ¿le gusta el

pescado del lago Patzcuaro?

—No, no…

—¿Por qué no? Es delicioso, ¿no lo sabía?

—Sí. Es que… yo preferiría no comer nada. Me…, me está esperando mi familia.

—Bueno, en ese caso no le entretendré mucho. Pero siéntese, o me dolerá el cuello de mirar hacia arriba. ¿Ha traído lo que le pedí a su esposa?

Pepe Chávez sacó un papel doblado en cuatro, y se lo tendió a Brigitte, que hizo una seña, insistiendo para que el mexicano se sentase. Y apenas lo había hecho éste cuando llegó la botella de champaña, que el camarero sirvió silenciosamente en dos copas. Chávez parecía ir encogiéndose más y más a cada segundo que pasaba, mientras Brigitte se dedicaba a examinar el trabajo cartográfico realizado por el mexicano.

—No ha puesto usted las distancias exactas entre la costa de la isla de Las Animas y su lancha y la de su amigo López —murmuró la espía, a los pocos segundos.

—Bueno, debían ser unas…

—No —negó ella, devolviéndole el papel—. Póngalo aquí, y con la mayor exactitud posible. Otra cosa: ¿la isla está dibujada según la conoce usted por haber navegado a su alrededor, o la ha copiado de algún mapa?

—Las dos cosas.

—Muy bien. Ponga esas distancias.

Chávez asintió con la cabeza, sacó un bolígrafo, y anotó lo pedido. Devolvió la hoja a Brigitte, que señaló su copa de champaña.

—Beba, señor Chávez. ¿O ya ha bebido suficiente por hoy?

—Creo que podré con esto —se atrevió a sonreír Chávez.

—¡Pues ándele, cuate…! —rió Brigitte.

Ella alzó de nuevo aquellos ojazos que parecían hechos de cielo y de mar.

—¿Está seguro de que ha escrito aquí *exactamente* lo que hablaron usted y su amigo López?

—Sí, sí.

—¿Está completamente seguro?

—Sí… Cuando Pepito vino a buscarme yo estaba un poco…

alegre, pero me dijo lo del dinero, así que corrí a casa, y María me metió la cabeza bajo el agua, y me dio café… Me dijo que tenía que pensarlo muy bien, pero yo ya lo tenía pensado, porque eso es lo que he estado diciendo a todos… Lo recuerdo todo muy bien, señorita, de veras. No lo digo para estafarla.

—¿Por qué habría de ser una estafa?

—Es que…, he estado diciendo eso mismo a todo el mundo, y nadie me ha dado quinientos dólares.

Brigitte asintió con la cabeza, abrió su bolsito, sacó cuatro billetes de cien dólares y los deslizó por la mesa hacia Chávez.

—Son suyos, señor Chávez.

—Gracias… ¿Nada más?

—Sólo otra pequeña cosa: ¿conoce usted al señor Machado?

—¿Juan de Dios Machado?

—Sí.

—Pos claro…

—¿Está en este comedor?

—Sí, sí. Lo he visto al entrar.

—Señálemelo.

—Está en la mesa que hay…

—No, no. Vuélvase hacia él, mírelo, y luego dígame cuál es de las personas que hay en su mesa.

Chávez parpadeó. Luego, se volvió en el asiento, miró hacia una de las mesas, y volvió a mirar a Brigitte.

—Es el más moreno del que está en aquella mesa con dos señoras… ¿Lo ve?

—Lo veo perfectamente, señor Chávez. ¿No quiere otra copa de champaña?

Pepe Chávez se bebió la segunda copa de otro trago, y se quedó mirando a Brigitte, que le sonreía amablemente…, mientras captaba perfectamente la directa e intensa mirada que Juan de Dios Machado le dirigía desde su mesa. Ya antes la había estado mirando, desde luego, pero de otra manera. Es decir, entre atónito y admirado, como todos. Pero ahora, la miraba además con expectación, con un mal contenido gesto de alerta, de desconfianza.

—Me parece que no se encuentra usted muy a gusto aquí —dijo Brigitte.

—La verdad es que no.

—Pues ya puede marcharse, si lo desea. A mí no me molesta, desde luego, pero no quiero que esté violento.

—Creo que… me iré ahora mismo.

—¡Adiós! Y procure que a su mujer y a sus hijos les llegue algo de esos cuatrocientos dólares.

Chávez asintió, se puso en pie, vaciló, y por fin hizo un gesto con la cabeza, al que Brigitte correspondió del mismo modo, sonriendo. El mexicano se dirigió hacia la salida, cada vez más de prisa, y desapareció.

Brigitte bebió un sorbo de champaña, y su mirada quedó fija no ya en el tosco mapa, sino en lo que José Chávez había escrito en el papel, debajo del dibujo.

Decía:

«Yo estaba con mis clientes en la parte Sur de la isla de Las Animas, cuando Luis María me llamó por la radio, y gritaba mucho. Me dijo que fuese a toda máquina hacia allí, hacia la parte baja de la isla, porque el Xixaltco estaba despertando, y yo le dije que no eran más que tonterías, porque yo también veía la isla, y veía al Xixaltco, y no veía humo, ni fuego, ni nada, y que seguramente él había bebido. Entonces, él me envió a la mierda, y me preguntó si iba a ir a reunirme con él o no, que veía a los demonios del fuego agujereando al Xixaltco para salir. Estaba muy enfadado, y le dije que se tranquilizase, que iba a reunirme con él, pero que estaba equivocado, porque el Xixaltco llevaba cientos de años muerto y bien muerto, y ya nadie se acordaba de él. Y él me dijo que me esperaba allí, delante de la parte baja de la isla, y que ya veríamos qué decía yo cuando lo viese. Y cuando llegué allí no lo vi, y pensé que era un tal y un cual, y que le iba a romper la cara. Pero lo busqué por aquellas aguas, di la vuelta a la isla, y miré al Xixaltco… El volcán estaba como siempre lo habíamos visto Luis María y yo, osease, apagado, claro que sí. Busqué a Luis María, y no lo pude ver, y me extrañó, porque tenía que estar allí, porque si hubiese vuelto a Acapulco, yo le habría visto pasar. Lo llamé por la radio, y no contestó. Y fui a la isla, a la playa, y allá había algunos empleados de don Juan de Dios Machado, y les pregunté si habían visto la lancha de Luis

María, y nadie había visto nada. Y claro que no, el Xixaltco no había echado demonios de fuego que lo agujereaban, ni nada parecido. Volví a Acapulco cuando mis clientes terminaron sus ganas de pescar, y fui a la casa de Luis María, porque quería romperle la cara, vaya que sí, pero él no estaba. María se asustó, y yo le dije que lo iba a encontrar en alguna taberna, que le rompería la cara, y se lo llevaría, porque debía estar borracho desde por la mañana. Busqué a Luis María por todos nuestros sitios, pero no lo encontré en toda la noche, ni apareció por la mañana, ni su lancha, ni los turistas, ni nada. Así que pensé que quizá sí que el Xixaltco había despertado unos minutos, y que una bola de fuego…».

Brigitte Montfort terminó la lectura, pero ya con escaso interés, porque lo que seguía era la explicación de lo que Chávez había ido haciendo y diciendo a todo el mundo sobre lo que había dicho Luis María López por la radio antes de desaparecer.

Dobló el papel tras echarle otra mirada al tosco mapa de la isla y las distancias allí señaladas. Lo guardó en su bolsito, bebió otro sorbo de champaña, y se retiró a su *suite*.

Capítulo IV

Estuvo nadando y retozando no menos de media hora, como si no tuviese nada más que hacer en la vida. Pero, por supuesto, no dejó de notar la presencia de Juan de Dios Machado en la playa primero, y en la terraza de las piscinas después, ocupando una mesita bajo un parasol listado de colores.

«Es un hombre muy apuesto… —pensó Brigitte—. Y está muy interesante con su albornoz, su piel bronceada… Pero no hay prisa. Ya vendrá. Mientras tanto, contemplaré el mar».

Y valía la pena. ¿Acaso había en el mundo algo más hermoso que el mar? Allá lo tenía, verdiazul, adornado con pliegues de blanquísima espuma. Sobre sus aguas de cristal había pequeños veleros, lanchas que lo surcaban a toda velocidad arrastrando algunos esquiadores que dejaban tras de sí anchas franjas de espuma…

—Buenos días, señorita Montfort.

Brigitte alzó la cabeza, volviéndola un poco hacia su izquierda. Naturalmente, allá estaba Juan de Dios Machado.

—Buenos días —saludó muy cortésmente, pero con tono de sorpresa—. ¿Me conoce usted, señor?

Machado se acuclilló a su lado. Sí, era muy atractivo, muy seguro de sí. Tenía unas facciones muy agradables, y resultaba positivamente simpático cuando sonreía.

—La conozco por el mismo sistema que usted me conoce a mí… ¿O no me conoce, señorita Montfort?

—Creo haberlo visto por el hotel —replicó Brigitte.

—Especialmente, anoche, en el comedor, cuando la visitó José Chávez, ¿recuerda?

—Oh, sí… Sí, debió ser anoche. ¿También conoce usted a José Chávez?

—Desde hace unos días, todos en Acapulco conocen a Chávez.

¿Me aceptaría usted un refresco?

—¿Qué clase de refresco?

—Del que usted guste, naturalmente.

—¿Una papaya?

—¿Por qué no? —rió Machado—. Permítame…

Le tendió la mano, y ella la aceptó. Los dos se incorporaron, y Machado recogió el bolso de paja de ella, señalando luego hacia la mesita con parasol que había estado ocupando. Brigitte había sacudido graciosamente la capita, y se la colocó sobre los hombros. Cuando se sentaron a la mesa, todos los ojos estaban fijos en ellos. Machado pidió dos papayas, y volvió a sonreír.

—No parece usted sorprendida por mi acercamiento.

—Estoy acostumbrada a que los hombres intenten relacionarse conmigo.

—¡Ah…! Sí, desde luego. ¿Y siempre es tan amable con todos, tan… asequible?

—No. Sé elegir.

—¿Eso quiere decir que le resulto agradable, o simpático?

—Ambas cosas —rió ella.

—Magnífico… ¿Por eso se interesó anoche por mí, en el comedor?

—Empiezo a temer que es usted un vanidoso.

—Le aseguro que no. Pero me pareció que usted le preguntaba a Chávez quién era Juan de Dios Machado, y que él, después de mirarme, me describía a usted. Basado en esto, yo pregunté luego quién era usted, y obtuve la información: Brigitte Montfort, de Nueva York, periodista… ¿Algún error?

—Ninguno. ¡Oh, las papayas…!

Les sirvieron media papaya a cada uno, con su jugo, con la caña clavada en el resto de la pulpa. Brigitte sorbió de un modo encantador, y alzó los ojos hacia el cielo.

—¡Delicioso! —exclamó.

—Me alegra que le guste. Y a mí me alegra que usted preguntase por mí, porque así he tenido un buen pretexto para hablar con usted, para disfrutar de su compañía. Espero que no haya venido aquí con un novio celoso.

—He venido sola, señor Machado. Por otra parte, mi novio no ha sido nunca celoso: es demasiado inteligente, y sabe que yo

también lo soy. ¿Sabe usted lo que haría él si apareciese de pronto en este lugar y nos viese juntos?

—¿Qué haría? —se interesó Machado.

—Ni siquiera se acercaría, porque pensaría que podía molestarme. Me enviaría una nota con un botones, haciéndome saber que había llegado y preguntándome si me esperaba o se marchaba.

—¿De veras haría eso? Debe ser un hombre un poco especial.

—Muy especial.

—Bien… No creo que usted tenga novio —se echó a reír de pronto Machado—. Usted es de las mujeres que, o están casadas, o no aceptan a ningún hombre de modo permanente a su lado.

—¡Qué gran observador!

—¿La estoy molestando?

—¡Claro que no! —se sorprendió ella—. Antes ha dicho usted que se alegraba de haber tenido un pretexto para disfrutar de mi compañía. Pues voy a ser sincera con usted: si usted no hubiese venido a mí, yo habría ido a usted muy pronto. Lo tenía planeado.

—¡Ah…! ¿Por qué motivo?

Brigitte Montfort sonrió como una niña.

—Xixaltco —dijo.

—Me lo temía… —Frunció el ceño Machado—. Sobre todo, lo temí en cuanto supe que usted es periodista. ¿Puedo saber cuáles son sus propósitos?

—Evidentemente, visitar su isla.

—Para hacer eso, no necesitaba todo esto: actualmente, aunque ya por pocos días, cualquiera tiene permiso para visitar la isla. Sólo tiene que alquilar una lancha y llegarse allá. Cada día van muchas personas, y periodistas.

—Yo soy una periodista un poco especial.

—Lo sé. He leído cosas de usted… Y basándome en esas cosas que he leído, yo diría que este asuntillo del Xixaltco no está a la altura de su categoría, señorita Montfort.

—Es usted muy amable. Pero, mire, no siempre pasan cosas interesantes en el mundo, así que hay que aceptar lo que salga. Sólo que, ciertamente, no quiero que mi reportaje sea parecido al de otros periodistas.

—¿Cómo piensa conseguir esa… diferencia?

—En primer lugar, he comprado ya a José Chávez un mapa hecho por él mismo, así como una explicación muy simple y simpática de lo que sucedió; aparecerá tal cual está en mi periódico, naturalmente, con comentarios míos. Y luego, he creído que nadie mejor para hablarme de Xixaltco que su propietario: usted.

—He dicho ya a muchos periodistas todo lo que tenía que decir, me parece. Y opino que el tema carece ya de interés periodístico.

—Entonces…, ¿no va a complacerme?

—¿En qué?

—Quería tomar muchas fotografías del volcán, de la isla, de usted… Un reportaje completo, con la biografía de usted y del Xixaltco.

—Eso suena bien —sonrió de nuevo Machado—, pero ya le digo que el tema ha sido tratado exhaustivamente por muchos periodistas. Ha pasado de moda. Es más, dentro de dos o tres días, ya no permitiré que la gente perturbe mi paz y mi trabajo en la isla.

—Entiendo. Bien, he creído ser muy astuta y he fallado. De todos modos, gracias…, aunque sólo sea por la papaya. Está muy buena. Espero que me desee usted feliz viaje, señor Machado.

—¿Se marcha de Acapulco?

—Sí. Los reportajes corrientes, no me interesan. Y puesto que usted se niega a facilitarme uno especial…

—No he dicho que me niegue.

—¡Ah…! Bueno, me ha parecido que no quería que yo visitase detenidamente su isla, en compañía de usted.

—¿Por qué no había de querer que la visitase usted, si otras personas lo hacen?

—Eso me preguntaba. Pero, de verdad: me pareció que no le gustaba. Bien entendido que si voy allá, llevaré mi cámara fotográfica, para obtener cientos de fotografías de todo…, incluido el fondo del cráter, al cual pienso descender.

—Eso también ha sido hecho ya por otros periodistas y particulares.

—Me gustaría hacerlo yo personalmente —susurró Brigitte.

Se quedaron mirándose fijamente. Por fin, Machado se pasó la lengua por los labios, y musitó:

—Puedo llevarla en mi helicóptero cuando guste.

—¿Dentro de quince minutos? —musitó también ella.

—Es usted muy rápida y decidida… Sí, dentro de quince minutos. Podemos entrar juntos en el hotel, nos cambiamos, y nos encontramos en el vestíbulo luego.

—Estupendo… —sonrió Baby—. Le estoy muy agradecida, señor Machado.

—En realidad —dijo festivamente Machado—, no lo hago por mí, sino por Xixaltco.

—Me parece que no comprendo… ¿Lo hace por su volcán?

—Sí. El pobre lleva muchos años menospreciado. Ya sabe lo que pasa: la gente que viene a México suele tener una absurda predilección por el Popocatepelt. Todo el mundo hace excursiones para ver el famoso Popocatepelt, y nadie se acuerda del Xixaltco. Si hiciésemos estadísticas, sería fácil comprobar que Popocatepelt tiene muchísimos visitantes, y el Xixaltco poquísimos. Pero, a partir de hoy, el Xixaltco tendrá un prestigio que el Popocatepelt no tiene.

—¿Qué prestigio?

—Lo habrá visitado la mujer más bella del mundo.

Brigitte se echó a reír deliciosamente.

—¡Muchas gracias! —exclamó—. ¡Espero que Xixaltco sea de la misma opinión que usted, y que no vaya a lanzarme sus demonios de fuego!

—Le recomendaré que no lo haga —rió también Machado.

Se dirigieron los dos hacia el hotel, y, poco después, Brigitte entraba en su *suite*. Se dirigió directa hacia el dormitorio, colocó el bolsito de paja sobre la cama, y sacó de él la radio, que había mantenido abierta.

—¿Lo ha oído todo, Simón? —susurró.

—Sí. Yo diría que ese hombre está preocupado. Y…

—¿Sí?

—Bien… O se ha enamorado de usted y le daría la luna si se la pidiese, o es él quien tiene interés en que usted vea el volcán.

—¿Y qué le sugiere esto último?

—Muchas cosas. Por ejemplo, que allá no hay nada de nada, y que, volvemos a la primera parte, o sea, se dispone a gozar de su compañía… Pero, también pudiera ser que allá hay algo, y que él quiere llevarla a la isla porque está seguro de que ni usted ni nadie podrá encontrar lo que sea. Esto, a su vez, trae consigo la probabilidad de que Machado sospeche que usted es algo más que

una periodista, y que está deseando convencerla de que no oculta nada en la isla… No sé si me explico.

—Yo diría que sí. Según usted, él quiere que terminemos de una vez de sentir interés por el Xixaltco y por su isla, y, si por ejemplo, hubiese tenido algo que ver con el derribo… o desaparición de los tres aviones de la USAF, está impaciente por demostrar que nada ha podido ocurrir en su isla.

—Exacto. Y pienso que quizá a usted no le conviene ser demasiado lista, Baby.

—Cuando conviene, soy la muchacha más tonta del mundo, se lo aseguro, Simón.

—Mejor para usted. ¿De verdad piensa ir a esa isla?

—Ahora mismo.

—Bien. Ya tengo el helicóptero. Sobrevolaré…

—No. Nada va a ocurrirme, sé que regresaré sana y salva. Si nada hay en la isla, ¿por qué molestarme? Y si hay algo, y Machado lo que quiere es que yo vaya allí y no vea nada, le interesa que regrese. Sería un completo cretino si, creyendo que soy de la CIA, atentase contra mí de algún modo: se echaría encima a la CIA, ya sin dudas.

—Supongo que tiene razón. ¿Qué hago yo aquí mientras usted visita la isla?

—Tome el sol: es sanísimo.

Cerró la radio, y la dejó sobre la cama. Abrió su maletín rojo con florecillas azules, y fue ordenando su contenido. De la maleta, sacó una cámara fotográfica de buen tamaño, y un teleobjetivo… Durante cinco minutos, se dedicó a preparar su maletín. Luego, dedicó otros cinco a una actividad mucho más intrigante: sobre una mesita del saloncito, que estaba a la entrada de la *suite*, colocó su encendedor de platino y brillantes, colocado a su vez sobre lo que parecía una radio corriente a transistores, de cuya parte alta sobresalía una delgadísima antena que introdujo por una ranura del encendedor. Luego, probó el mecanismo: alzó el encendedor, y la antena desapareció dentro del aparato. Satisfecha, volvió a colocarla como antes, y se dedicó a vestirse. Tarea fácil y rápida: unos pantalones azules, una blusita del mismo color, una tira también azul sujetando sus cabellos, y unas sandalias igualmente azules.

Luego, cerró todas las persianas completamente, de modo que la *suite* quedó poco menos que en oscuridad total; recogió su maletín, fue hacia la puerta, se colocó de espaldas a ésta, y encendió la luz, saludando con una manita hacia el encendedor de platino con brillantes. Volvió a apagar la luz, salió, y cerró con llave.

Y allá fue, a conceder al Xixaltco el prestigio de ser visitado por la mujer más hermosa del mundo. Lo cual era una verdad indiscutible.

Capítulo V

—Ahí lo tiene —señaló Machado, desde el helicóptero—. ¿Le parece impresionante?

—La verdad es que no… —admitió Brigitte—. En cuanto a su aspecto, debo decirle que resulta mucho más interesante e impresionante el Fuji Yama.

—¿Ha estado usted en Japón?

—He estado en todo el mundo —rió ella.

—Sí, claro… La suya es una profesión muy interesante, me imagino.

—No siempre. ¿Esa es su casa?

Estaban ya encima mismo de la isla. Se veía, por encima de todo, y desde lejos, el Xixaltco, con su forma cónica, su color marrón recortándose en el azul del cielo. Luego, se iba distinguiendo la vegetación, su verdor, destacando con el brillo dorado de la playa. Después, entre algunos árboles y palmeras, se veía la casa, blanca, amplia, de una sola planta, con tejado de color tierra. Como si estuviese contemplando un juguete, Brigitte veía la piscina, la pista de tenis, el jardín rebosante de coloridas flores… Luego, por detrás de la casa, había una zona amplia de terreno muy desigual, que iba ascendiendo hacia el Xixaltco, profusamente cubierta de vegetación. Al llegar al pie del volcán, la vegetación desaparecía casi por completo. Pero, en las laderas, todavía quedaban algunos árboles y matas, sin duda como una prueba más de que hacía cientos de años que el dios del fuego permanecía durmiendo su larguísimo sueño…

—Sí. Espero que le guste… ¿Prefiere verla ahora, o primero damos una vuelta por encima de la isla?

—Preferiría dar una vuelta, primero. De modo especial, por los acantilados, y por encima del cráter.

—Lo del cráter me parece bien —asintió Machado—, pero los

acantilados no son ningún espectáculo agradable. Me imagino que está usted enterada de lo que hay allí.

—Digamos que fertilizantes para la madre tierra —rió la divina espía—. Suena mejor que decir excrementos de aves marinas.

—Sí —rió también Machado—, suena mucho mejor. ¿De verdad le interesa esa parte de la isla?

—Me interesa *todo*.

—De acuerdo.

Juan de Dios Machado complació a la señorita Montfort de un modo total. Dieron unas vueltas por encima del cráter, cuyo diámetro era de unos veinte metros, de tal modo que incluso pudieron descender casi hasta el mismo fondo…, donde, ciertamente, sólo había rocas y tierra. Brigitte pensó que nada podía verse tan muerto en el mundo como aquella tierra y aquellas rocas volcánicas, y la posibilidad de que todo aquello fuese trucado le pareció muy remota. De todos modos, convenció con facilidad a Machado para que, más tarde, los dos descendiesen, a pie, hasta la misma boca de fuego, llena de grietas.

También vio los acantilados, donde, ciertamente, había miles de gaviotas.

Dieron algunas vueltas recorriendo el perímetro de la isla, pasaron por encima de la ladera este del Xixaltco casi a ras del suelo, volaron una vez más por encima de la casa… Finalmente, pidió a Machado que tomase la dirección de regreso a Acapulco, y él obedeció con docilidad admirable. Luego, le hizo volver, volando muy bajo, y le fue dando indicaciones hasta que, de acuerdo al mapa dibujado por Chávez, se encontraron donde había estado aproximadamente Luis María López cuando llamó por la radio a Chávez para decirle que *los demonios del fuego estaban agujereando a Xixaltco para salir*.

Estas eran las palabras exactas que había empleado López, según Chávez. Desde allí, desde donde supuestamente había estado López, se veía toda la ladera del volcán, y, por supuesto, la cima, con el cráter abierto hacía el cielo. Abierto. Y si el cráter estaba abierto, ¿qué era lo que tenían que *agujerear* las llamas para salir del volcán? El humo, los gases, el fuego, la lava, tenían una salida formidable de veinte metros de diámetro… Y en tales condiciones, a juicio de la espía, la palabra *agujerear* no era, ni mucho menos, la

adecuada.

Esto aparte de que ya había volado por encima de la ladera, y no había allí el menor rastro de fuego, ni grietas o *agujeros*. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que el Xixaltco estaba frío, apagado, muerto completamente…

—Supongo —dijo guardando el mapa de Chávez—, que me invita usted a almorzar, señor Machado.

—¿Invitarla? No me parece ésa la palabra exacta: la verdad es que no le permitiría marcharse de mi isla jamás, Brigitte.

—¿Piensa secuestrarme? —Se asustó graciosamente ella.

—Lo haría de buena gana —rió Machado—, pero sé que ni el propio Paraíso le gustaría a usted si la retuvieran allí contra su voluntad. ¿Podemos descender ya?

—Sí, gracias. Será el mejor modo de que yo conozca de verdad su paraíso particular. Y, ¿quién sabe…?: quizá llegue a gustarme tanto que decida quedarme… por propia voluntad.

—Nada me complacería tanto —murmuró Machado.

Eran ya casi las tres de la tarde cuando terminaron de almorzar. Luego, Machado le enseñó la casa, que parecía sumergida en el más denso silencio. Había cortinas blancas en las amplias ventanas, de tal modo que la casa parecía abierta por todos lados. Desde el mar llegaba la brisa, de cuando en cuando, agitando suavemente las cortinas, las plantas y las flores. Afuera hacía un sol refulgente, terrible. Adentro, la sombra y el frescor invitaban al reposo y a la meditación.

En la casa vivía una vieja india que cuidaba de que todo funcionase a gusto de Machado, desde su ropa a la comida. También un mexicano delgado, bigotudo, y de una calma increíble, que atendía el jardín y ayudaba a la india en las tareas más pesadas, aunque, eso sí, con una parsimonia increíble. La india se llamaba Rosita, y el mexicano, Calixto, y le parecieron más bien simpáticos a Brigitte.

Luego, en la playa, había un gran cobertizo donde había tres o cuatro hombres más, todos mexicanos, que cuidaban de un par de lanchas y del pequeño embarcadero de madera, así como del gran jardín exterior, de la piscina, la pista de tenis… Parecía que todo el mundo se tomaba las cosas con calma inaudita, pero todo funcionaba muy bien, no había fallos. En cuanto al almuerzo,

Machado intentó dar instrucciones a Rosita para que consiguiese platos más o menos delicados, pero Brigitte dijo que aceptaría de buena gana lo que la india pudiese preparar sin complicarse la vida. Y para pasmo de Machado y de la propia Rosita, se comió impávida los frijoles y las enchiladas, sin pestañear siquiera ante lo explosivo del condimento.

Y esto parecía todo. Una hermosa casa en la cual sólo había silencio, tranquilidad, y una india y un mexicano. Más allá, en el cobertizo, exactamente cuatro hombres. Un embarcadero, dos lanchas, una piscina, una pista de tenis, unos acantilados llenos de aves…, y el Xixaltco.

Hacia las cuatro y media, los ya escasos visitantes de la isla partían en sus lanchas desde la pequeña cala donde se les había autorizado a desembarcar, de modo que en Las Animas quedaron solamente Brigitte, Machado, y los servidores de éste.

A esa hora, Brigitte y Machado iniciaron la marcha hacia el volcán, a pie, por expreso deseo de ella. Detrás de ambos, caminaban dos de los empleados de Machado, cargados con cuerdas de nudos, que pensaban utilizar para descender hasta lo más profundo del cráter. Los dos hombres que iban con las cuerdas habían sonreído al conocer estos propósitos de la bella joven que obtenía tan gran trato de favor por parte de Machado, pues *lo más profundo del cráter* estaba quizá a unos doscientos metros o más a partir del borde. Esto, en cuanto a la zona que se consideraba posible de visitar. Lo que hubiese más abajo, nadie lo sabía, pues a partir de esa profundidad, las grietas eran de una oscuridad pavorosa, y, a lo peor, como deslizó la india Rosita, *llegaban hasta el mismísimo infierno*.

A las seis y media, la opinión de Machado y sus hombres respecto a las posibilidades de la *delicada* señorita Montfort había variado notablemente. Todavía no habían descendido los doscientos metros cuando los dos mexicanos se negaron a continuar bajando. Machado los miró hoscamente, y abrió la boca para ordenarles que continuasen, pero Brigitte dijo que continuaría sola. Ante esto, Machado no tuvo más remedio que permitir a sus hombres que quedasen en aquella cota, y acompañar a Brigitte más abajo, ambos sujetos a las cuerdas que los dos mexicanos sostenían.

Finalmente, Machado movió con gesto negativo la cabeza

empapada en sudor.

—Es una locura seguir más —jadeó.

—¿Le importa que lo haga yo? —pidió Brigitte, no menos sudorosa.

—Le suplico que no lo haga. Esto es un horno, ha recogido todo el sol del día… ¡Nos vamos a cocer! Y además, ya casi no se ve nada. Por Dios, Brigitte, sea sensata.

—Concédame sólo quince minutos más —pidió ella—. Usted puede esperarme aquí.

—Pero es que no hay nada ahí abajo. Sólo grietas, oscuridad… y peligro. Además, ya han bajado hombres con equipo adecuado, lo han examinado todo…

—Volveré dentro de quince minutos —insistió ella.

Continuó bajando. La oscuridad se cerró sobre ella… Una oscuridad y un silencio terrible. Por un instante, pensó que estaba en una siniestra y retorcida tumba. Tenía que ir apoyando los pies en los más inverosímiles lugares, sujetando en la mano izquierda su pequeña linterna, y, pasada por la muñeca, el asa del maletín. Casi en seguida comenzó a sentir frío. Arriba estaba la gigantesca cazuela que era el cráter, recibiendo el calor del sol todo el día. Luego, la oscuridad, el laberíntico recinto impenetrable a la luz y al calor. Grietas, grandes agujeros que aparecían de súbito ante ella, sobresaltándola, pues su profundidad no parecía tener fin; dirigía la luz hacia abajo, pero no alcanzaba el fondo.

Allí dentro no había nada. Nada, nada, nada, nada… Ni el más insignificante signo de vida. Oscuridad y frío. Un frío de muerte.

La voz de Machado había llegado varias veces hasta ella, llamándola. Parecía rebotar de roca en roca, estrecharse al pasar por las grietas, ampliarse al encontrar un espacio mayor: *BRIggIIIiiTTEEE*.

Cuando regresó donde le esperaba Machado, y lo vio por encima de ella, recortado contra aquel círculo todavía dorado, casi rojizo ya de sol poniente, tuvo la impresión aterradora de hallarse en lo más hondo de un pozo del que jamás conseguiría salir. Más arriba, estaban los dos mexicanos, inmóviles, seguramente pasmados ante la audacia y la resistencia física de aquella muchachita.

—¿Está bien? —gritó Machado, con voz destemplada.

Ella asintió con la cabeza, y continuó subiendo. La ascensión

resultó más rápida y cómoda que el descenso, y, a medida que llegaban a lo alto, el calor volvía al entumecido cuerpo de la espía. Al llegar arriba, todavía pudo ver el sol, como un disco rojo, desapareciendo en el mar, dejando tras él reflejos que parecían llamaradas…

—Quédese aquí… —dijo Machado—. Iré a buscar el helicóptero para…

—No se moleste. Puedo regresar a pie.

Regresaron a pie, en efecto. Los dos mexicanos miraban casi con espanto a la invitada de su patrón, a la que, en algunos momentos, habían pensado no volver a ver jamás, devorada por el desconocido vientre del Xixaltco.

Y ella caminaba tranquilamente, mirando a todos lados, sin demostrar cansancio. Ni siquiera demostraba su perplejidad. Ni su desencanto… Si Xixaltco hubiese entrado en erupción, aunque ya hacía bastantes días de eso, habría notado calor al entrar en lo más profundo. Y había sido lo contrario: un frío terrible, un frío de muerte. Así pues, la conclusión era definitiva, igual que la de les expertos que habían visitado antes que ella las entrañas de Xixaltco: nada había sucedido no había habido erupción… Luis María López había visto visiones, o José Chávez era un redomado embustero.

—Sería mejor que se diese un buen baño caliente y se quedase en mi casa esta noche —dijo Machado, cuando llegaron allá—. Debe estar usted cansadísima.

—¿Yo? ¿Por qué?

Juan de Dios Machado se rascó la coronilla, y luego se echó a reír.

—Por nada… —exclamó—. ¡Si le parece a usted que lo que ha hecho es corriente para una mujer…!

—Ha sido una interesante experiencia, eso es todo. Lo del baño es una buena idea, pero esperaré a llegar al hotel. Si no quiere molestarse en llevarme, puedo regresar sola, en una lancha de las…

—¡De ninguna manera! —protestó Machado—. ¿Acaso no vamos a cenar juntos?

—Pues… sí. Sí, será lo mejor… Así podremos despedirnos.

—¿Despedirnos? —se sorprendió Machado.

—Creo que regresaré a casa, antes de lo previsto. La verdad es que estoy muy decepcionada con Xixaltco. No vale la pena escribir

nada sobre él, realmente.

—Pero… Bueno, quedamos en que también quería la biografía del propietario del Xixaltco, ¿no?

—De acuerdo —rió Brigitte—. Podemos cenar juntos, y así me informará usted sobre su vida y milagros.

—Ningún milagro… —susurró Machado—. Para mí, el único milagro que podría producirse sería que usted se quedase aquí… para siempre.

—Me parece —murmuró Brigitte—, que no estamos en tiempos de milagros, Juan de Dios.

Machado la abrazó por la cintura, y la apretó contra él. Cuando se inclinó para besarla en los labios, ella no se apartó. Recibió el beso, inmóvil, sin cerrar los ojos. Cuando él la apartó, se quedaron mirándose fijamente.

—Piénsalo… —susurró Machado—. Por favor, piénsalo: te estoy ofreciendo todo cuanto soy y tengo, Brigitte.

—¿Incluido el matrimonio?

—Eso, en primer lugar. Luego, todo cuanto quieras.

—Lo pensaré… ¿Me llevas a Acapulco, por favor?

Capítulo VI

Apenas entrar en su *suite*, Brigitte se puso de frente a la mesita donde había dejado el encendedor, y sólo entonces encendió la luz, volviendo a saludar con la manita. Luego, fue adonde estaba la mesita, retiró el encendedor de encima de lo que parecía una radio a transistores…, y sonrió secamente al no ver sobresaliendo la pequeña antena.

—Espero que todo habrá funcionado bien. Pero me aseguraré por otro conducto.

Se fue directa adonde había dejado la maleta, la colocó sobre la cama, y la abrió, mientras seguía mirando hacia el armario… Parecía que nada había sido removido. Pero, cuando alzó el doble fondo de la maleta, comprendió que, tal como había esperado y deseado, alguien había tocado sus cosas. No se habían llevado nada, desde luego. Allí estaban los veinte mil dólares en billetes de cien y de mil, los dos pasaportes falsos, a nombre de Monique Lafrance y Galina Cherkova, la libretita de claves falsas y que por tanto a nadie le serviría de nada… Allí estaba todo, pero alguien lo había tocado.

Sacó la radio del maletín rojo con florecillas azules.

—¿Simón?

—La he visto regresar —oyó la voz de Simón-México—: ¿Cómo han ido las cosas por la isla?

—¿Está usted cerca de mi hotel? Estupendo… Tiene que revelar unas microfotos cuanto antes. ¿Dispone de medios?

—Me las arreglaré. Pero no me diga que ha estado tomando microfotos de una isla que estos días ha sido fotografiada miles de veces.

—No, no… Yo también he tomado fotografías allí, pero ésas las daré a revelar yo misma, abiertamente. Las microfotos son de otra cosa: alguien ha estado husmeando en mis cosas, y creo que podremos saber quién es: al menos, le veremos la cara.

—¿Cómo sabe, todo eso?

—Un pequeño truco basado en una célula escondida en lo que parece una radio, y que hace funcionar una antena que a su vez actúa el disparador de mi microcámara cuando esa célula recibe luz. Dejé mi *suite* a oscuras, así que obligué a quien fuese a encender la luz. Y al ser encendida, hizo funcionar la célula…, espero.

—*¡Fiuuu!* —Silbó Simón—. Con usted no se pueden gastar bromas, por lo que veo. ¿Para cuándo quiere esas fotografías?

—Cuanto antes. No importa que sean las tres de la madrugada, por ejemplo.

—Entendido. ¿Las paso a recoger?

—No. Voy a colocar la micropelícula dentro de una cápsula, y la cápsula la dejaré en una de las grandes macetas de la terraza… ¿Me estará usted viendo?

—Seguro que sí. Bueno, cuénteme algo de la isla.

—Nada. Aparentemente, nada.

—¿Aparentemente?

—Según todos los indicios, el Xixaltco no ha entrado en erupción, desde luego. Todo esto puede ser una visión de locura de Luis María López o una broma de José Chávez. Pero… Bueno, hay unas palabras a las que, según creo, nadie ha prestado la debida atención en su exacto significado.

—¿Qué palabras son ésas?

—Según explica Chávez, Luis María López dijo que los demonios del fuego estaban agujereando el volcán para salir.

—Sí… Bueno, más o menos. ¿Por qué recalca usted la palabra *agujereando*?

—Pues porque en las laderas del Xixaltco no hay ningún agujero, y porque ese volcán tiene un cráter lo bastante amplio para que, al principio, no necesite hacer agujeros en ninguna parte para salir. ¿Me comprende?

—No… Pero le prometo pensar en ello. Qué demonios… ¿Acaso quiere usted decir que Luis María López vio el fuego en las laderas del volcán, agujereándolo?

—¿Qué puedo decirle? Para mí, agujerear tiene un significado concreto. Significa hacer agujeros. ¿O no?

—Caray… ¿Y no había agujeros en las laderas del volcán?

—Ni uno solo.

—Bueno, ya sabe usted que muchas personas no saben expresarse correctamente. A lo mejor, al decir *agujerear*, López quiso decir que…

—Ya discutiremos eso. Esté atento para recoger la cápsula con el microfilme. ¿Ha tomado el sol?

—Pues sí. Ha sido un día de descanso que me ha sentado muy bien.

—Me alegro, porque me parece que muy pronto vamos a tener mucho trabajo. Hasta luego, Simón. Voy a cenar con Juan de Dios Machado, pero regresaré pronto. Estoy rendida… ¿Alguna vez ha bajado a lo más profundo de un volcán?

—¿Ha bajado usted por el cráter del Xixaltco?

—Sí. Ya ve: de cuando en cuando, hasta yo pierdo el tiempo. Adiós, Simón. Espere… ¿Cuánto va a tardar, más o menos, en revelar esas microfotos?

—Espero tenerlas listas antes de un par de horas.

—¡Ah! Bien, en ese caso, quizá consiga aguantar en pie hasta entonces, por si surgiese algo interesante. Adiós.

Cerró la radio, se desnudó, y se metió en la bañera, que se había ido llenando de agua caliente mientras tanto.

Todavía no eran las nueve de la noche cuando apareció en el comedor, radiante y fresca como si se hubiese pasado el día tumbada al sol. Y tan hermosa, que durante unos segundos, el silencio se hizo en el comedor. Un silencio tan denso que incluso se oyó el arrastrar de la silla de Juan de Dios Machado cuando éste, reaccionando, se puso en pie para acudir a su encuentro.

—Pues no quisiera decepcionarte, Juan de Dios, pero tu biografía no es demasiado apasionante.

—Lo siento —refunfuñó él—. Me gustaría ser un hombre tan extraordinario que jamás pudieses apartarte de mí. Aunque me pregunto si puede existir un hombre lo bastante extraordinario para ti.

Por un instante, la imagen del rostro de Número Uno brilló como un fogonazo en la mente de Brigitte Montfort. Fue como si en realidad lo estuviese viendo, siempre tan serio, tan impenetrable, con sus ojos negrísimos fijos en ella, y su boca delgada, grande y

dura cerrada de aquel modo tan hermético sobre la barbilla que parecía de roca… En una milésima de segundo, Brigitte vio esto, y vio a Número Uno en el jardín de Villa Tartaruga, quemado por el sol, cuidando sus rosales, con aquella seriedad inaudita, y lo vio luego, tumbado en el sofá del salón, con el jersey negro de cuello alto, fija la mirada en el fuego.

—El mundo es muy grande —murmuró—: Quizá sí exista ese hombre, Juan de Dios.

—¿Pero no soy yo?

La música cesó, y todos los huéspedes del Holiday Inn que se hallaban ahora en la terraza junto a las piscinas, aplaudieron al Trío los Chollas, que había estado cantando *Bajo el balcón de Lupita*. Brigitte aplaudió también, sonriendo, y comenzó a ponerse en pie… Machado la retuvo por una mano, por encima de la mesa.

—Espera —pidió—. Por favor, espera.

—Te dije antes que no estaba cansada, pero sí lo estoy, y quisiera retirarme. Ha sido una velada encantadora, Juan de Dios, pero me caigo de cansancio.

—Sólo unos minutos más. Quisiera pedirte…

Un camarero apareció junto a ellos, y los dos lo miraron. Machado soltó la mano de Brigitte, que comprendió que el camarero tenía que decirle algo a ella…

—Perdón, señorita Montfort —vaciló el camarero—, pero me dicen que es urgente: la llaman por teléfono.

Brigitte parpadeó, sorprendida.

—¿Por teléfono? Bien… ¿Puede ponerme la comunicación aquí mismo, por favor?

—Sí, por supuesto.

Un teléfono fue conectado a la red de la mesa, y Brigitte descolgó el auricular, pidiendo disculpas a Machado con una sonrisa de desconcierto. Alrededor de ellos, se oían alegres conversaciones, y algunos jóvenes saltaban a las piscinas desde los trampolines, para sumergirse en las iluminadas aguas, que parecían de oro. Los Chollas comenzaron a tocar ahora un bailable muy lento y dulce, a violín…

—¿Sí? —musitó Brigitte.

La voz de Simón-México llegó, contenida, tensa, hasta ella.

—La supongo acompañada, así que he preferido utilizar el

teléfono, por si ha dejado la radio en otro sitio: tengo reveladas las fotografías.

—¡Ah, sí, espléndido…!

—Son de dos tipos que vi antes, cuando estuve rondando por su hotel, para asegurarme de que regresaba. Me dio la impresión de que están también alojados en el Holiday Inn, o que, al menos, tienen acceso a él. ¿Dónde está usted, ahora?

—Al aire libre.

—Entiendo. Y entiendo que Machado está con usted. Bueno, las dos fotografías de usted saludando hacia la cámara son muy simpáticas…, pero no me han gustado nada los dos tipos que aparecen en la otra, entrando en su habitación. Naturalmente, la están vigilando, pues insisto en que los vi por el hotel. Es muy posible que la estuviesen esperando.

—¿Cómo son?

—Uno de ellos es de mediana estatura, robusto, muy ancho de hombros. Si no recuerdo mal, llevaba un traje de color… crema, o algo parecido, y corbata tirando a rojo. ¡Ah, y lleva el cabello muy largo! El otro es más alto y delgado, con la cara muy delgada, como si se estuviese mordiendo las mejillas por dentro. Tiene los ojos muy juntos, cejas espesas…

—No siga. ¿Qué más?

—¿Están ahí? —Comprendió Simón—. ¿Los ha visto?

—Sí.

—Tenga cuidado —se alarmó el espía—. Puede que sólo quieran vigilarla, pero no olvide a Simón y Simón. Quizá esos dos tipos…

—Sí, sí, entiendo. Bueno, voy para allá a recogerle ahora mismo.

—¿A recogerme? Pero…

Brigitte colgó, y miró a Juan de Dios Machado con gesto de infinito cansancio.

—Tengo que salir —dijo.

—Si has de ir a algún sitio, puedo…

—No, no. Gracias, pero no. Tengo que ir al aeropuerto a recoger a un amigo, pero quiero ir yo sola.

—Estás demasiado cansada. Permíteme que …

—Te lo agradezco mucho de veras, pero tengo que ir sola. No puedo explicártelo, Juan de Dios. Por favor, quédate aquí.

—Como quieras… ¿Tardarás mucho? Me gustaría esperarte para

que contestases a mi pregunta…, si es que la recuerdas.

—La recuerdo —sonrió ella—. Pero no sé a qué hora regresaré. Te ruego que te diviertas sin mí.

—Lo considero imposible. ¿Nos veremos mañana?

—No lo sé. Adiós.

Recogió su bolsito, se puso en pie, y se dirigió hacia la entrada al hotel…, mirando de reojo a los dos hombres que, mientras Simón los describía, había visto sentados a una mesa, junto a una de las palmeras enanas, bebiendo champaña y, al parecer, inmersos en el agradable ambiente de la terraza. Pero, al entrar en el hotel, los vio reflejados en uno de los cristales, poniéndose en pie…

Y también los vio aparecer en el estacionamiento, cuando ella daba el encendido del «Thunderbird» alquilado. Maniobró muy lentamente, dándoles tiempo a que ellos entrasen en otro coche, sonriendo secamente al darse cuenta de su precipitación.

—Tranquilos, muchachos —susurró—: ¡pero si lo que quiero es precisamente que me sigáis!

Salió muy despacio a la avenida. Y siempre conduciendo despacio condujo hacia la salida que la llevaría al aeropuerto, mientras de su bolsito sacaba la radio.

—¿Simón?

—Sí, sí. Oiga, ¿qué ha querido decir con eso de recogerme?

—Escúcheme atentamente: yo voy ahora hacia el aeropuerto…

El de la cara chupada, que conducía, dijo:

—Parece que va hacia el aeropuerto, ¿verdad?

—Por ahora, sí. No la pierdas de vista. Seguramente va a recoger a alguien.

—Pues podría recogernos a nosotros —sonrió el de la cara chupada—. ¡Vaya hembra, hermano! Eso sí es una mujer.

—Y las demás, ¿qué son?

—¿Y yo qué sé? Digamos que son… puñados de carne con pelos y ojos, eso es todo.

—Bueno, de todos modos cuidado con ella… Tiene que ser alguien muy especial. Desde luego, una espía, ¿no te parece? El nombre que ha dado en el hotel es Brigitte Montfort, pero nosotros vimos los otros pasaportes, uno ruso y otro francés. Eso sólo lo hacen los espías.

—Pues no creas que a mí me gusta el asunto: los espías son

gente poco amiga de bromas.

—Es sólo una mujer, y todo lo que tenemos que hacer es vigilarla hasta que nos diga lo contrario el jefe. Sobre todo, si se ve con alguien, como estaba haciendo con el señor Machado.

—¿Crees que Juan de Dios Machado es un espía?

—¿Cómo demonios quieres que sepa eso? Cuidado, que está acelerando…

En la carretera, el «Thunderbird» que les precedía estaba aumentando la velocidad, en efecto, pero podían verlo perfectamente, delatado por las luces rojas de atrás. De pronto, se salió de la carretera, sobresaltando a los dos hombres, que, al llegar allí, vieron el desvío. Sin vacilar, siguieron tras el «Thunderbird», llegaron a un camino, y pocos segundos después, veían el mar ante ellos.

—Pero…, ¿qué está haciendo?

—Está bien claro: tiene una cita aquí con alguien. Así que ya sabes lo que tenemos que hacer: cuando se separen, seguiremos a la otra persona. Con Machado no vale la pena, porque todos sabemos dónde se le puede encontrar, pero si es otra pers…

—Ha apagado las luces… ¡Se ha detenido!

El de la cara chupada frenó en seco, y apagó a toda prisa las luces y paró el motor. Por delante de ellos, también detenido muy cerca de la playa, estaba el «Thunderbird», como un pequeño monstruo oscuro. En el mar, la luna trazaba relucientes reflejos, pero allí, entre los árboles, la oscuridad era total. El más robusto ladeó la cabeza, y sonrió.

—¿Oyes el mar? A mí me gusta… Y se me está ocurriendo una cosa: esa mujer quizá haya venido a verse aquí con un tipo para… ¿Eh? ¿Me comprendes?

El de la cara chupada emitió una risita.

—El lugar es estupendo —admitió—: Y a lo mejor, se trata del propio señor Machado, que viene detrás solo en su coche, para disimular.

—¿Sabes que eso no está mal pensado? Porque estaban allá muy encariñaditos… Pero no sé. Esa mujer no parece de las que hacen las cosas así.

—Pues yo creo —volvió a reír el de la cara chupada—, que todas las mujeres lo hacen del mismo modo. ¿O no?

—¡Ji, ji…! Hombre, sí, eso sí. Pero lo que yo quería decir es que…

Sucedió todo tan rápidamente que no tuvieron tiempo más que de respingar: la puerta derecha de atrás se abrió, y cuando fueron a darse cuenta se había vuelto a cerrar, y detrás de ellos sonaba la voz femenina:

—Tengo una pistola que les apunta a la cabeza. Si no quieren que les meta una bala en ella, pongan las manos encima. *Ahora*.

La vacilación fue brevísima en los dos hombres. Alzaron las manos, las colocaron sobre su cabeza, cruzando los dedos, y quedaron inmóviles.

—He conocido muchos tontos como ustedes —dijo amablemente la voz femenina—, así que les daré un buen consejo: acepten sus limitaciones, no quieran ahora dárselas de listos, y todo terminará bien para ustedes. ¿Entendido? Quédense quietos. Pero antes, díganme cómo se llaman.

—Castillo —dijo el robusto.

—Gutiérrez —dijo el de la cara chupada.

—Muy bien.

Ya no se habló nada más. Los tres quedaron en silencio. Tan en silencio, que los dos hombres comenzaron a preguntarse si realmente tenían a alguien detrás. ¿Y si la mujer les estaba gastando una broma, y había conseguido salir sigilosamente del coche dejándolos allí como dos tontos, para escapar, ya fuera de su vigilancia, y…? Castillo inició un prudente movimiento para volverse, aunque sin quitar las manos de encima de la cabeza. Y en seguida, la punta de una pistola tocó su nuca un instante.

—Todavía estoy aquí, Castillo —dijo la mujer.

El mexicano se atragantó con el respingo, y volvió a quedar inmóvil. ¿Qué quería aquella mujer? ¿Acaso se iban a pasar allí el resto de la noche…?

Fue entonces, cuando oyó el motor de otro coche acercándose. El motor dejó de oírse. Y a los pocos segundos, apareció un hombre junto a la ventanilla del volante, pistola en mano. Sin decir palabra, le quitó la pistola a Gutiérrez, y luego a Castillo, pasando al otro lado del coche. Entonces fue a sentarse a la parte de atrás, con la mujer. La situación, no cabía duda, iba empeorando por momentos.

—No parecen genios, ¿verdad? —dijo el recién llegado.

—Mi opinión es que son simples matones, Simón.

—Lo cual es suficiente para asesinar a Simón y Simón.

—Quizá. Pero no son espías, estoy segura de eso. ¿Por qué tendrían que matar a dos agentes de la CIA?

—Podemos preguntárselo a ellos.

—Probemos. Bueno, Gutiérrez, Castillo, ustedes entraron en mi *suite* y registraron mi equipaje, vieron mis pasaportes falsos y lo demás, pero, siguiendo órdenes, no se llevaron nada, pues entonces habría sido inevitable que yo supiese que alguien había estado allí. De todos modos, lo he sabido, y he sabido que fueron ustedes. Muy bien: ¿qué buscaban, exactamente, y para quién trabajan?

—Nos dijeron que teníamos que registrar sus cosas —murmuró Castillo—, informar de lo que habíamos visto, y recibiríamos nuevas instrucciones.

—Ustedes informaron respecto a los pasaportes ruso y francés, por lo tanto. ¿Qué instrucciones recibieron, entonces?

—Teníamos que esperar que usted volviese al hotel, y a partir de ese momento no perderla de vista.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso. Si entraba en contacto con alguien, debíamos entonces separarnos. Uno de nosotros seguiría a la otra persona, y el que quedase, la continuaría siguiendo a usted.

—Y nuevamente informarían, ahora respecto a esa persona que hubiese estado en contacto conmigo.

—Sí.

—Entonces, habrán informado de mi… contacto con Juan de Dios Machado, ¿no?

—Sí. Pero nos dijeron que él no tenía ninguna importancia, que él no tenía el menor interés en esto, y que además, todos sabíamos dónde encontrarlo si llegaba a resultar necesario.

—Entiendo, pues, que Machado no resulta interesante para ustedes.

—No.

—Vaya… ¿Para quién están realizando ese… trabajo?

La vacilación de ambos hombres fue evidente. Pero no fue menos evidente que comprendieron que tenían todas las de perder, y que las personas que tenían detrás estaban dispuestas a obtener la información fuese como fuese.

—Para Apolodoro Sánchez —masculló Castillo.

—¿Apolodoro Sánchez? ¿Sabe usted algo de este hombre, Simón?

—Nada. Jamás había oído su nombre, hasta ahora —negó el agente de la CIA—. Pero eso no significa nada.

—Desde luego… Y se me está ocurriendo que quizá estos dos caballeros tuvieron algo que ver con la desaparición de Simón y Simón. Castillo: me estoy refiriendo a los dos agentes de la CIA, que desaparecieron en Acapulco… ¿Qué sabe de eso?

—Nosotros nunca hemos tenido nada que ver con espionaje, se lo juro —replicó Castillo—. Y no sabemos nada de ningún agente de la CIA.

—Quizá ustedes no supiesen que lo eran, pero… los mataron. ¿Mataron a dos hombres hace unos días, y fueron luego a su hotel…?

—¡Nosotros no hemos matado a nadie! —Respingó Gutiérrez.

—¿Nunca?

—Bueno… Oiga, no sabemos de qué nos habla… Todo eso de la CIA es chino para nosotros. De cuando en cuando le hacemos algún encargo a Apolodoro, pero nunca nos habíamos metido con espías. ¡Y si llegamos a saber que usted lo era no habríamos aceptado empezar este trabajo!

—¿Por qué?

—Porque ustedes, los espías, tienen muy mala sangre… Eso dicen, al menos. A nosotros nos gustan trabajos más facilitos.

—¿Como asesinar a algún infeliz, por ejemplo?

Castillo y Gutiérrez permanecieron silenciosos. Y también Baby y Simón, tras ellos, durante unos segundos. Por fin, volvió a oírse la voz femenina:

—Supongo que saben dónde encontrar a Apolodoro.

—¡Sí… Sí, claro!

—Pues vamos a ir a verlo. En marcha, Gutiérrez.

Capítulo VII

El coche se detuvo delante de un estanco, ya cerrado. Se veía el escaparate reflejando la luz de la Avenida Iturbide, hacia el interior. La puerta también era de cristal, y se distinguía el cartelito de «cerrado», cosa muy razonable, pues eran casi las doce de la noche.

—¿Es aquí? —preguntó Brigitte—. ¿En la tabaquería?

—Sí.

—¿Apolodoro Sánchez vive aquí o sólo trabaja aquí?

—El estanco es suyo, y vive aquí. Debe estar dentro, durmiendo, supongo —dijo Castillo—. O habrá salido a divertirse.

—Pues se va a divertir aunque no haya salido. Vamos a dar…

Brigitte se calló de pronto, al ver la luz que brilló súbitamente al fondo de los cristales, es decir, al fondo de la tienda. Recortada en esa luz vieron la figura de un hombre. Luego, la luz se apagó.

—No los pierda de vista, Simón —susurró Baby.

Ella se quedó mirando hacia la puerta de cristal. A los pocos segundos, la figura del hombre quedó visible, de un modo confuso. Y, luego, la puerta se abrió, el hombre salió a la calle…, y su mirada quedó fija en el coche. Brigitte comenzaba a sacar la mano que sostenía su pistola por la ventanilla cuando el hombre de la tienda lanzó una exclamación, y volvió a entrar, a toda prisa, echando a correr hacia el interior. Se había dado cuenta de la situación.

—¡Quédese con éstos! —exclamó Brigitte, saliendo rápidamente del coche.

Entró en el estanco a tal velocidad que, en el supuesto de que Apolodoro Sánchez la hubiese estado esperando para dispararle no habría tenido tiempo ni de intentarlo… Pero Sánchez no se había quedado allí. Sus pisadas se oían hacia el fondo de la tienda, y Brigitte continuó tras él, a oscuras, tropezando con varias cosas, derribándolas. Chocó con tal fuerza contra un mostrador, que casi

pasó por encima de él, dando la vuelta, pero recuperó la estabilidad, se sentó de un salto, giró, y cayó de pie al otro lado. Ante ella vio el rectángulo de luz azulada, y se lanzó por el pasillo. Al fondo había otro rectángulo de luz, hacia el cual corrió. Se detuvo un instante al darse cuenta de que el pasillo desembocaba en un patio. Por arriba, pudo ver algunas estrellas, y, apenas asomarse cautelosamente, vio al hombre encaramado ya en lo alto de la tapia.

De un salto apareció en el patio, alzando la pistola:

—¡No se mueva! —ordenó.

El hombre se movió. A la luz de las estrellas, su movimiento fue confuso, pero evidente. La espía internacional no vaciló ni un segundo: apretó el gatillo, disparando contra el hombro derecho de Apolodoro Sánchez. Éste gimió, se llevó ambas manos al pecho, osciló, y cayó de cabeza dentro del patio. El chasquido de su cabeza contra las losas estremeció a Brigitte, que todavía permaneció unos segundos apuntando al derribado personaje, hasta comprender que no entrañaba peligro.

Ningún peligro, ciertamente.

Cuando lo volvió boca arriba, comprobó muy pronto dos cosas. Una, que Apolodoro Sánchez había recibido la bala ciertamente en el hombro, por debajo de la clavícula, lo que significaba una herida con todas las posibilidades de curación; pero, se había roto la cabeza al caer, y estaba muerto. Dos, que Apolodoro Sánchez no estaba armado.

Brigitte se mordió los labios, entre irritada y disgustada. Una vez más se había precipitado… Pero, ¿cómo podía saber ella que el tal Sánchez no tenía un arma con la que pensaba disparar contra ella desde lo alto de la tapia?

Tras breve vacilación, le asió por un pie, y lo arrastró hacia el interior de la vivienda. A la derecha había una puerta, cerrada. Más allá había otra, que estaba abierta. Localizó el interruptor, y encendió la luz. Era un dormitorio, y la cama se veía revuelta… ¿Había estado ya acostado Apolodoro Sánchez? Comprendió que sí cuando, tras alzarlo por los sobacos y colocarlo en la cama, vio que debajo de la chaqueta de calle no llevaba camisa, sino la chaqueta del pijama. Por el borde de los pantalones se veía también los del pijama. Es decir, Sánchez había estado en la cama, se levanta, se pone a toda prisa unos pantalones y una chaqueta de calle, unos

zapatos, y se lanza a la calle… ¿Por qué tanta prisa? ¿Le habían avisado de que las cosas se habían puesto mal, de que iban a por él?

—No —movió la cabeza Brigitte—. No ha podido ser eso, ya que salió desprevenido, tranquilo, y se sorprendió al ver el coche delante de la tabaquería. Lo que comprendió, lo hizo por sí mismo. Entonces, ¿adónde y por qué iba con tanta urgencia?

Comenzó a registrar los bolsillos de Sánchez, y en seguida, en el interior derecho de la chaqueta, encontró el sobre, que contenía algo prieto, macizo. Eran papeles, pero sólidos, como si fuesen…

Pasaportes.

Eso era lo que había en el sobre. Dos pasaportes, a nombre de los norteamericanos Richard Wright y Orion Mac Vay. Dos nombres que no significaban nada para Brigitte Montfort… Pero los rostros de aquellos dos norteamericanos, en fotografías perfectas de pasaporte, sí significaban algo. Mucho.

—Simón y Simón —temblaron sus labios—. Los mataron, les quitaron los pasaportes, los mataron…

Durante casi un minuto permaneció como obsesionada, contemplando aquellos dos rostros masculinos. Luego, suspirando profundamente, dejó los pasaportes sobre la cama, y salió del dormitorio. Regresó muy pronto, precediendo a Castillo y Gutiérrez, a los cuales seguía Simón-México, pistola en mano. Brigitte señaló los pasaportes, y Simón los tomó, los abrió, y palideció. Palideció tan intensamente que parecía mucho más muerto que Apolodoro Sánchez.

Y de pronto, su mirada fue hacia Castillo y Gutiérrez, que también estaban pálidos, contemplando el cadáver de Sánchez.

—¿De modo —chirrió la voz de Simón—, que vosotros no los matasteis?

Los dos hombres lo miraron vivamente, sobresaltados. Y aún se sobresaltaron más cuando vieron la expresión en el rostro del espía norteamericano. Gutiérrez alzó una mano, abrió la boca…

Plop, chascó la pistola de Simón. Y la bala entró por la abierta boca de Gutiérrez, derribándolo como fulminado, con extraña fuerza.

Castillo lanzó un chillido de espanto, dio media vuelta, y comenzó a correr hacia la puerta…

Plop.

Su marcha fue desviada por el impacto de la bala, que le penetró por la espalda hasta el corazón, mientras se golpeaba de cara contra el marco de la puerta y caía seguidamente de espaldas.

Luego, el silencio total, hasta que Simón miró a Baby, la cual no se había movido ni un milímetro, y le miraba a su vez.

—Lo siento —jadeó el espía—: Quizá no debí…

—Comprendo sus sentimientos —murmuró ella—. Y no se preocupe: de todos modos eran un par de asesinos profesionales que nada habrían podido decirnos sobre este asunto.

—Lo sé. Lo que quería decir es que quizá hubiese preferido matarlos usted.

—¿Qué más da? Usted, a fin de cuentas, hacía años que era amigo y compañero de Simón y Simón, así que tenía más derecho que yo. Echemos un vistazo por aquí. Puede que estos dos fuesen unos desgraciados, pero Apolodoro Sánchez era otra cosa. Quizá encontremos algo interesante.

No encontraron nada verdaderamente interesante. Lo único fue la pequeña caja fuerte, muy vieja, empotrada en una pared. Brigitte no necesitó más de tres minutos para abrirla. Dentro había una pistola, documentos, talonarios, dinero mexicano, y un fajo de cinco mil dólares USA, en billetes pequeños, usados.

Estaban todavía mirándose Simón y Baby, ésta con el fajo en una mano, cuando un timbrazo los sobresaltó. Las miradas de ambos fueron vivamente hacia el teléfono que había sobre la desvencijada mesa del polvoriento y reducido despacho en que se hallaban…

—Conteste usted —susurró Baby—. Con susurros. Y en español, Simón.

Éste asintió, y tendió la llamada cuando el teléfono sonaba por tercera vez. Brigitte se colocó a su lado, de modo que esperaba oír la voz del comunicante.

—¿Hola? —susurró Simón.

—¡Sánchez! —tronó una voz, con extraño acento—. ¿Qué hace todavía ahí? ¡Le estamos esperando con los pasaportes de los americanos! ¡Y le dije que era urgente!

—Sí —susurró Simón—: Sí, sí… ¿Adónde los llevo?

No hubo respuesta. Al otro lado, el silencio fue como algo poco menos que tangible. Luego, la comunicación fue cortada. El espía miró a Brigitte, y movió la cabeza.

—Lo siento: se han dado cuenta.

—Vámonos inmediatamente de aquí, Simón.

—Era un ruso —dijo roncamente Simón—. ¡Malditos sean sus huesos, era un ruso, y nosotros creíamos que el asunto de las muertes de Orion y Dick estaba relacionado con esa idiotez del Xixaltco!

—Todos nos equivocamos alguna vez —murmuró Brigitte—. Todos. Marchémonos.

A la mañana siguiente, cuando Juan de Dios Machado bajó a entregar la llave de su *suite*, el conserje llamó su atención con una seña.

—Tengo un recado para usted, señor Machado, de la señorita Montfort.

—Gracias —tomó Machado el sobre—. ¿Cuándo se lo ha entregado ella?

—Esta mañana, antes de marcharse.

—¿Se ha marchado?

—Sí, señor, muy temprano. Salió en coche hacia Ciudad de México, donde creo que piensa tomar el avión para Estados Unidos.

Juan de Dios Machado parpadeó. Luego, asintió con la cabeza y abrió el sobre. Desplegó la nota, doblada en dos:

> *Querido Juan de Dios:*
>
> *Perdóname por no despedirme de ti, pero han sucedido cosas que me obligan a regresar inmediatamente a Washington. No olvido la pregunta que me hiciste, y mientras soluciono en mi país unos asuntos, te prometo pensar en una respuesta, aunque no sé cuándo podré volver a Acapulco. Te enviaré una postal apenas llegar, y espero que dentro de dos o tres semanas podré enviarte otra anunciándote mi visita.*
>
> *»Te recuerda con afecto y cariño,*
>
> Brigitte

Juan de Dios Machado tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Pero en seguida, frunció el ceño, y en su rostro apareció una expresión de desconfianza.

—Será mejor que me asegure de todo esto —se dijo.

Cincuenta y tantas horas más tarde, a la puesta del sol, el señor Machado contemplaba personalmente cómo los últimos visitantes a su isla, ya escasísimos y verdaderamente con aspecto de aburridos, regresaban a sus lanchas para emprender la vuelta a Acapulco. En la arena de la pequeña caleta donde hasta entonces se había autorizado el desembarco de visitantes, los empleados de Machado estaban clavando un cartel hecho con tablas, en el que, con grandes letras en negro se había escrito:

Propiedad Privada
PROHIBIDO EL PASO

Un grupo de tres hombres que estaban contemplando como era clavado el cartelón, dejaron de prestar su atención a tan poco interesante acontecimiento, y se acercaron a Machado.

—¿Está seguro que todo vuelve a ir bien, Machado? —preguntó uno de ellos.

—Segurísimo. Ya hace días que advertí que a partir de hoy no permitiría más curiosos en la isla. Incluso he concedido entrevistas a algunos periodistas, para que esta decisión mía fuese publicada. Todo el mundo sabe que, a partir de mañana, la isla de Las Animas vuelve a ser terreno prohibido. Ya están acostumbrados de antes. Y además, ya nadie siente interés por Xixaltco.

—Mejor… Todo esto nos ha hecho perder mucho tiempo.

—Lo siento, no fue culpa mía.

—¿No? ¿De quién, entonces?

—Del idiota que tenía que estar vigilando la parte este de la isla. Se descuidó, y cuando vino a darse cuenta, la lancha de aquel maldito López ya estaba muy cerca. Me avisó inmediatamente, comprendí que probablemente había visto algo, y no tuvimos más remedio que fundirlos.

—Eso no importa. Lo que sí importa es que debieron hacer lo mismo con el otro, con ese Chávez. Si lo hubiese hecho, nadie habría sabido nada de todas estas tonterías, y el trabajo ya estaría terminado.

—¿Cómo podía saber yo que López había avisado de que había visto… demonios de fuego en el Xixaltco? Me pareció que,

simplemente, se acercaba a la playa en su búsqueda, y habría sido sospechoso que mis hombres no le atendiesen. Cuando me enviaron aviso, de que López se había comunicado por radio con Chávez, pensé en matar también a éste y a sus clientes norteamericanos que iban en la lancha, pero pensé que a su vez, Chávez podía haber comunicado con otro de sus amigos diciendo que venía a la isla, y si los hubiese matado, las cosas habrían ido mucho peor. Así que lo dejé marchar, y no hemos tenido más remedio que soportar durante estos días todo lo que ha venido… Mala suerte, pero peor habría sido si hubiese matado a Chávez sin saber si éste había comunicado con otros pescadores. Así, sólo hemos perdido tiempo…, y lo recuperaremos pronto.

—Maldita sea —masculló otro—. ¡Y pensar que por un día o dos que quedaban de trabajo hemos tenido que perder semanas!

—Ya no hay remedio —apuntó el tercero—. Bien, nos vamos. Se queda sin visitantes, Machado. Pero no olvide que mañana por la noche volveremos, y que todo tiene que estar terminado: queremos ver cómo embarcan el *Sun Fire* terminado completamente.

—Ya saben que funciona bien —sonrió Machado—. La última prueba pudimos hacerla, precisamente, con la lancha de López: no quedó ni rastro de ella. En cambio, con los aviones, si bien pudimos derribarlos, se notaba que faltaban detalles: no se disolvían completamente.

—A propósito de eso: ¿Cómo está lo de aquella mujer de la CIA?

—Arreglado —sonrió Machado—. Ella está en Washington. Esta tarde, antes de venir aquí, he recibido una postal suya en el hotel. Mientras tanto, tengo entendido que en Acapulco, algunos agentes norteamericanos y rusos se están dando unos cuantos palos.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Uno de mis hombres de tierra firme es ruso, y tiene algunos contactos que a veces le son útiles para ganar algo de dinero. Fue el que utilicé para que telefonease a Brigitte Montfort, después que esperamos a que ella matase a Apolodoro Sánchez. En realidad, todo salió perfecto.

—Debo admitir que sabe usted salir de los líos en que se mete —movió la cabeza el que primero había hablado—, pero siempre es mejor no meterse en líos.

—¿También va a culparme a mí de que la CIA, enviase a dos de

sus agentes a realizar una incursión nocturna en mi isla? Ya fue suerte que hubiese colocado vigilancia y pudiésemos matarlos apenas desembarcar, cerca de los acantilados… Les aseguro que todo esto ha resultado muy molesto y peligroso para mí —Machado se estaba irritando—. Después de matar a dos agentes de la CIA, comprendí que tenía que hacer algo si no quería que se me echase encima toda la CIA en peso, así que preparé su *desaparición*. Hundimos los cadáveres, y mis hombres fueron al hotel en que estaban, después de dejar su lancha en el embarcadero y enterarse discretamente de dónde estaban alojados los dos americanos. Se lo llevaron todo, dejaron el dinero del hospedaje… Sabía que vendrían más de la CIA, y que se las arreglarían para entrar en contacto conmigo, que me harían preguntas. Cuando comprendí que era Brigitte Monfort la encargada de eso, organicé la segunda parte. Le fui a llevar a Sánchez los pasaportes de los dos norteamericanos, para que me los guardase, y le dije que colocase a dos hombres vigilando a Brigitte Montfort, que registrasen sus cosas… En efecto, ella llevaba pasaportes falsos, así que ya estuve seguro de que era de la CIA. Los dos hombres de Sánchez eran, como yo había calculado, un par de cretinos, comparados con un agente de la CIA. Sabía que ella los cazaría, que se daría cuenta. Y se dio cuenta. La avisaron por teléfono, vi cómo miraba a aquellos dos cretinos…

—Esos dos cretinos…, ¿le conocían a usted?

—Ellos a mí, no. Yo sólo he tratado siempre con Sánchez… Bien, cuando vi que Brigitte salía del hotel, y que ellos dos se iban tras ella, estuve seguro de que, entre ella y algún agente más de la CIA los iban a cazar como a tontos. Estuve cerca de la casa de Apolodoro, y cuando los vi llegar, le llamé por teléfono, diciéndole que necesitaba los dos pasaportes con toda urgencia, inmediatamente, que tenía que salir en seguida a llevármelos. Y justo cuando salía de su estanco, Brigitte y el otro de la CIA estaban ya allí. Apolodoro quiso escapar al ver que habían cazado a los otros dos, y que, lógicamente, le iban a hacer algo malo cuando le encontrasen encima los dos pasaportes de los primeros que matamos… Todo estaba calculado: echó a correr, y ellos lo detuvieron matándolo. Luego, mi empleado ruso llamó por teléfono, marcando bien su acento…, y los de la CIA quedaron convencidos de que todo era cosa de los rusos. A primera hora de la mañana,

Brigitte Montfort se fue, y al día siguiente ya habían enviado a varios hombres a zurrarse con los rusos, para pedir explicaciones sobre la muerte de los dos agentes de la CIA que están en el fondo del mar. Ahora, mientras los norteamericanos y los rusos se distraen con sus escaramuzas y contactos, nosotros terminaremos el asunto, y ya está. Están muy ocupados, para pensar en el Xixaltco y en esas tonterías de los demonios de fuego. En cuanto a la CIA, ha desdeñado ya toda pista que le lleve al Xixaltco.

—¿Usted sabe que los rusos y los americanos, en ocasiones, tienen entrevistas… pacíficas? ¿Qué pasaría si recurriesen a una de esas entrevistas y se diesen mutuas explicaciones? Los rusos dirían que ellos no habían matado a los dos de la CIA.

—¿Y qué habían de decir? ¿Que sí? Ellos estarán diciendo la verdad: que no. Pero ¿los creerán los americanos? ¿Creerán que los rusos van a ser tan tontos de admitir que han asesinado a dos de la CIA? Por mucho que nieguen los rusos, todo seguirá igual. Por el momento, sólo tienen pequeñas escaramuzas, pero acabarán haciéndose picadillo unos a otros. ¡Que el infierno se los lleve!

—De acuerdo. Pero dígame otra cosa: ¿qué habría pasado si esa mujer de la CIA hubiese capturado vivo a Sánchez?

—Los habría tenido que matar a todos, y dejar las cosas también de modo que pareciese cosas de los rusos. Pero, cuando llamamos después que ella entró en la casa de Sánchez, y contestó la voz de otro hombre, comprendimos que Sánchez había muerto, pues de otro modo le habrían obligado a contestar él mismo. Así que todo había salido bien, mi amigo dijo lo que tenía que decir, representó su papel, y colgó. Y ahí están los rusos y los de la CIA, muy soliviantados, como prueba de que todo salió bien. ¿Algo más?

—Sobre ese particular, no. Ya está bien. Volveremos mañana por la noche, para ver cómo cargan el primer *Sun Fire*… si es que está terminado mañana.

—Espero que sí. ¿Tienen ya su primer cliente?

—Estamos en tratos con varios. Desde luego, no hemos explicado las características del *Sun Fire*, pero sí hemos dado algunos detalles de su eficacia…, y nos han llamado locos.

—¿Cómo, locos? —se sorprendió Machado.

—Parece que dudan de lo que decimos. Por ello —sonrió el hombre—, hemos pensado en hacer dentro de unos días una

pequeña demostración mundial: fundiremos uno de los portaaviones de la Flota Americana en el Pacífico.

—¡No quiero perderme eso! —rió Machado—. Me las arreglaré para estar con ustedes en la embarcación que transporte el *Sun Fire*.

—Ya arreglaremos ese detalle. Bien, somos los últimos… ¡Adiós, Machado! Hasta mañana.

—¡Adiós!

Los tres hombres saltaron a su lancha, y emprendieron el regreso a Acapulco, en pos de las que habían zarpado antes. Llegarían al mismo tiempo, y nadie pensaría de ellos sino que eran unos visitantes más. Los últimos visitantes del Xixaltco, tema que realmente ya tenía aburrido a todo el mundo.

En la gruesa arena de la caleta, Juan de Dios Machado estuvo un par de minutos inmóvil, viendo perderse de vista las lanchas sobre las aguas que comenzaban a teñirse del tono rojo del sol poniente.

De pronto, sonrió, les hizo una seña a sus hombres, y los cinco se encaminaron hacia la playa grande, en la cual estaba la casa. Pasaron junto a ésta, isla adentro, y estuvieron caminando hasta llegar al pie del Xixaltco. Machado sacó una pequeña linterna, e hizo señales con ella hacia la falda del volcán.

Ya casi de noche, que cubría como un manto azul-negro la isla de Las Animas, pudo verse en la ladera el destello de una luz, en respuesta. Machado y sus hombres emprendieron la ascensión, y, al poco, volvieron a detenerse…, contemplando como, ante ellos, se alzaba una sección de la ladera del volcán, con rocas, arbustos, árboles… Quedó una abertura amplísima, de unos doce metros de ancho por siete u ocho de alto, debajo de aquella especie de toldo que formaba la sección levantada.

Los cinco hombres pasaron bajo la sección, que regresó a su posición anterior, cerrando el volcán. Machado sonreía en la oscuridad… ¿Cómo podía encontrar nadie algo interesante en el cráter del Xixaltco, si lo interesante estaba en la falda de la montaña; no, como podía parecer lógico, en el hueco del cráter?

El interior del Xixaltco quedó iluminado, mostrando el gran hueco allí excavado. Casi delante de ellos estaba la gran máquina absorbente, que concentraba los rayos del sol en las pequeñas pero terroríficas baterías que llevaban meses y meses cargándose,

acumulando una cantidad de calor que alcanzaría, en su fase definitiva, los seis mil grados centígrados, quizá más. Y todo lo que se veía allí era un extraño artefacto que tenía en su parte frontal una especie de embudo gigantesco, con la parte estrecha hacia el interior…

Media docena de hombres, muy pálidos, y con gesto de evidente malhumor aparecieron por detrás de la máquina, y se acercaron a Machado, que les dirigió una amplia sonrisa.

—No insistan en sus quejas, por favor —alzó ambas manos.

—¿Lo ha arreglado todo, por fin? ¿Podremos continuar mañana?

—Sí. Ya se ha terminado para ustedes la vida de topo.

—Parece que le hace mucha gracia, Machado. Ya veríamos qué le habría parecido si hubiese sido usted el que hubiese tenido que permanecer aquí dentro días y días.

—Creo que me habría parecido mal —admitió Machado—, pero también a ustedes les diré, una vez más, que yo no tengo la culpa. Fue este imbécil… —señaló a uno de sus hombres, que frunció el ceño y bajó la cabeza—. No vio a tiempo la lancha de Luis María López, así que los espejos siguieron funcionando. En fin, eso ya pasó, nada podemos solucionar recriminándonos unos a otros. Y de todos modos, la lancha sirvió para la última prueba del *Sun Fire*, ¿no es así?

—Está bien, no discutamos. Mañana terminaremos, y podremos marcharnos de una vez de esta maldita isla.

Machado alzó las cejas, un tanto irritado.

—¿Maldita? Oiga, un momento… Fueron ustedes los que vinieron a buscarme a mí, ¿no es cierto? Ustedes y sus amigos del exterior, los que van ofreciendo el *Sun Fire* a no sé quién. Ustedes vinieron aquí, me ofrecieron tres millones de dólares por permitirles instalarse en Las Animas, y yo acepté. Y no sólo eso, sino que les di indicaciones de dónde y cómo podían perforar al Xixaltco, y varios detalles más que les habría llevado tiempo conocer por sí mismos. Así que, aunque ahora se haya perdido un poco de tiempo…

—Bien, bien.

—Y otra cosa: ¿quién se ha encargado de la vigilancia del exterior, quién les ha estado ayudando, abasteciendo de todo, quién se encargó de los agentes de la CIA, quién…?

—¡Está bien, Machado! Le daremos las gracias, además de los

tres millones de dólares. No discutamos más.

—De acuerdo. ¿Puedo ver el *Sun Fire*? Imagino que durante estos días de encierro han terminado su montaje, definitivamente.

—Sí… Mañana estarán listas las baterías…, si no llueve.

—Ya ha pasado la estación de las lluvias. Vamos a ver esa cosa… espantosa. ¿Cómo han podido ustedes inventar semejante monstruo?

Hubo sonrisitas en los pálidos rostros de los seis hombres.

—Labor de conjunto partiendo de una idea que no es nueva, Machado. Venga, le enseñaremos el *Sun Fire* completamente montado. Y verá qué sencillo es su manejo… ¡No se asuste! —rió el informador de Machado—. Ya le he dicho que está descargado: sin las baterías es como un juguete inofensivo. Y en las baterías, desde luego, está todo lo… admirable del *Sun Fire*. Me parece que usted ya ha oído hablar de las baterías solares, ¿no es así?

—Claro.

—Pues bien, con el receptor de energía solar —señaló el gran artefacto que tenía en su parte frontal aquella especie de embudo—, concentramos la energía solar, de tal modo, que el calor se acumula de un segundo a otro con una densidad increíble… ¿Cómo se lo explicaría? Mmm… Bueno, imagínese usted la más alta, grandiosa, enorme montaña del mundo…, pero que estuviese hecha de algodón muy suelto, muy esponjoso. Vista así, el tamaño de la montaña sería fabuloso, en efecto. Pero, imagínese que esa montaña de algodón comienza a ser prensada por arriba, por los lados… Su tamaño se irá reduciendo, hasta que, por último, una vez colocada toda aquella montaña de algodón en una poderosa prensa, su tamaño no sería, quizá, mayor que el de una caja de zapatos… ¿Se imagina usted, por ejemplo, al Aconcagua convertido al tamaño de una caja de zapatos?

—La verdad es que no —sonrió Machado—, pero entiendo la idea.

—Entonces, proseguiré. Fíjese bien: los espejos del exterior lanzan sus rayos hacia el receptor, y estos rayos se unen en ese… embudo, se concentran, van a parar a unas baterías donde son… prensados como si fuesen una montaña de algodón. El calor se va acumulando, acumulando, acumulando…, hasta que consideramos que la batería está lo suficientemente llena, es decir, que alcanza su

máximo de eficacia: seis mil grados, como mínimo. ¿Se imagina esa cantidad de calor?

—No.

—Entonces, le pondré de nuevo al Aconcagua como ejemplo. Suponga usted que, en efecto, ha conseguido prensar al Aconcagua de modo que queda convertido en el tamaño de una caja de zapatos. Lleva usted esa caja a… al centro de la ciudad de Río de Janeiro, pongamos como ejemplo. Una vez allí, depositada esa caja en el suelo, en el centro de la ciudad, usted aprieta un botoncito…, y el Aconcagua regresa, de pronto, a su tamaño natural. ¿Qué cree que pasaría con tan hermosa ciudad brasileña?

—Pues… no sé. Desaparecería bajo el Aconcagua, ¿no?

—Como si jamás hubiese existido Río de Janeiro. Pues bien: eso es lo que hacemos con el sol… Concentramos sus rayos, su energía, su calor, en unas baterías. Les prensamos, los retenemos, los comprimimos. De pronto, apretamos el botoncito del *Sun Fire*, y éste lanza una descarga de calor de seis mil grados centígrados… ¿Qué puede quedar de una simple lancha, de un avión, de un barco, simple metal, por muy grande que sea? Aunque sea de acero, o de material nuevo, secreto, que incluso haya alcanzado una temperatura de fusión de tres mil grados… ¿qué puede hacer ese metal cuando le caen encima seis mil grados? Le diré lo único que puede hacer: fundirse como mantequilla colocada sobre una plancha de hierro al rojo. No queda nada. Ni siquiera humo. ¿Lo comprende?

—Sí… Eso sí.

—Entonces, comprende, también, que sólo tenemos que colocar en el *Sun Fire* sus baterías, lanzar una descarga de seis mil grados de calor, y convertir en cenizas cualquier cosa que exista en el mundo. Y aquí tiene el *Sun Fire*. Ahora es inofensivo. Mañana, cuando le coloquemos las baterías, será el arma más poderosa del mundo, como lo demostró derribando tres aviones y fundiendo completamente la lancha de aquel pescador…

—Los aviones no los fundió completamente —recordó Machado.

—Completamente, no. Pero los convirtió en un montón de chatarra al rojo vivo que se hundieron en el mar. Recuerde que las baterías no estaban completamente cargadas, que estábamos haciendo pruebas. La última, con la lancha, fue decisiva… —El

hombre se iba entusiasmando—. ¿No se dio cuenta de que… desaparecía?

—Sí… Sí. ¿Cree que el *Sun Fire* puede hacer desaparecer un… portaaviones?

—No con la misma rapidez que una lancha, pero, desde luego, sí. En pocos segundos. Estas son las baterías —señaló, ya detrás del gran artefacto—: sólo hay que inyectarles la última carga solar aumentada y concentrada por los espejos del exterior, y estarán listas. *Sun Fire* a punto.

Juan de Dios Machado había mirado brevemente las baterías, que a él le parecían simples cajas de acero con conexiones del mismo metal. Su mirada estaba fija en el *Sun Fire*, que estaba colocado sobre un soporte metálico. Parecía, simplemente, un pequeño cañón, con punto de mira telemétrico. Contando con el depósito de las baterías, no debía medir más de metro y medio de largo. El cañón era tan corto que cuando salía proyectado el calor apenas debía tocarlo; desde las baterías pasaba directamente al exterior, y el blanco tenía que ser un objetivo muy fácil si se utilizaba para su fijación el visor telemétrico. Su peso podía ser de unos cuatrocientos kilogramos, no más. Es decir, de una facilidad de manejo verdaderamente notable, teniendo en cuenta su eficacia destructiva.

—Me gustará ver lo que hace con un portaaviones —musitó—. Bien, mañana terminaremos, señores, y ustedes podrán marcharse. Espero que hagan un buen negocio por ahí.

—Lo haremos, porque quien tenga el *Sun Fire* tendrá el Ejército más poderoso del mundo. Nos pagarán tanto dinero que sus tres millones no tienen la menor importancia, Machado.

—Para mí, sí. ¿Necesitan algo?

Nadie necesitaba nada, salvo tomar el sol. Por lo demás, en el gran recinto tenían de todo, desde luz eléctrica a libros.

La luz eléctrica fue apagada, Machado y sus hombres salieron, y la gigantesca tapa se cerró a sus espaldas.

Poco después, en la casa, Juan de Dios Machado se dejaba caer en un sillón, pensando en los tres millones de dólares que iba a cobrar al día siguiente… Al sentarse, algo crujió en uno de sus bolsillos. Se palpó allí, sonrió, y sacó una tarjeta postal, que representaba el Capitolio de Washington, iluminado. Una bonita

postal. Detrás, con aquella elegante y bella letra que ya conocía, ponía:

Querido Juan de Dios:

Contra lo que esperaba, me he pasado el viaje pensando en ti, así que quizá ésta sea una parte de la respuesta que la otra noche no quise darte. Sigo pensando en ti, y cumplo mi promesa de enviarte noticias mías apenas llegar a casa. Voy a hacer todo lo posible por volver junto a ti más pronto de lo que imaginas.

Recibe el cariño de

Brigitte

Juan de Dios Machado quedó pensativo y sonriente. ¿Por qué no? ¿Qué le importaba a él, que Brigitte fuese una agente de la CIA?

Capitulo VIII

Nadando bajo el agua, llegó, finalmente, ante las rocas que formaban el acantilado.

Una vez allí, tardó muy poco en encontrar un lugar adecuado para desprenderse de los tubos de aire y el traje de goma. De la bolsa de plástico sacó, entonces, su maletín rojo con florecidas azules, pero cubierto entonces por una funda de raso negro; sacó también su indumentaria, negra, de una sola pieza, que se puso encima del bikini, y quedó de nuevo convertida en una sombra más, de líneas bellísimas, ceñidas; por último, los flexibles mocasines, también negros.

Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, cogió los dos ganchos de hierro de la bolsa de plástico, y miró hacia arriba. Verdaderamente, nadie podía pensar que por allí pudiese llegar un intruso a la isla.

Despacio, sin prisas, pues sabía que por lo menos faltaban dos horas para el amanecer, comenzó la escalada, clavando los ganchos de hierro en las grietas y salientes, asegurándose bien de que tales salientes no eran excrementos de aves marinas que podían desprenderse, con lo cual habría acabado por estrellarse contra las rocas de abajo, cada vez más distantes.

Despacio, pero con gran seguridad, con nervios y músculos de acero, la bellísima silueta negra fue escalando el acantilado. Y en algunas ocasiones, sus blancos dientes relucían, cuando veía algunas gaviotas en salientes o agujeros, dormidas. De cuando en cuando, uno de los ganchos de hierro sonaba contra la roca. Entonces, la mejor espía del mundo quedaba un minuto inmóvil, mirando hacia lo alto del acantilado, esperando… ¿Alguien había oído aquel ruido que no correspondía a los normales del mar?

No.

Nadie había oído aquel ruido. Quizá, porque nadie había en lo

alto del acantilado. Quizá, porque el propio mar, lanzando sus aguas contra las rocas, amortiguaban cualquier otro sonido.

Y finalmente, Brigitte Monfort, *Baby*, llegó a lo alto del acantilado. Se asomó con todo cuidado, y durante tres o cuatro minutos permaneció allí, moviendo los grandiosos ojos hacia todos lados, atenta, vigilante.

No había peligro.

Cuando puso los pies en tierra firme y plana, lanzó un suspiro de alivio. Buscó un sitio adecuado, y se sentó, dedicándose a descansar, física y mentalmente, de la tensión de la escalada. Estuvo así una media hora. Luego, por supuesto, perfectamente orientada se dirigió hacia la casa, deslizándose como un felino por entre los arbustos.

Muy cerca de la playa grande vio al primer hombre, que vigilaba aquella parte, mucho más accesible. Rodeó la casa por detrás, y en el otro extremo de la playa vio a otro hombre. Tardó casi diez minutos más en localizar al tercero. Al cuarto lo vio cuando, por el Este, comenzaba a verse un levísimo resplandor de un tono amarillo claro, como una luz lívida.

Por último, encontró un lugar que convenía a sus cálculos, hechos sobre el mapa que le había comprado a José Chávez. Es decir, un lugar desde el cual podía ver la parte del Xixaltco donde el desaparecido Luis María López dijo haber visto los demonios del fuego. Este lugar era lo alto de un frondoso árbol.

La mejor espía del mundo se instaló allí, bien oculta, y se dispuso a esperar.

El sol fue saliendo, lentamente… Y con el sol, apareció la primera sorpresa: por delante de ella, al otro lado de la llanura que desde la casa llevaba al Xixaltco, una cosa brillante emergió del suelo, entre unos arbustos, y llevando encima varios de éstos, que por supuesto servían para camuflar aquella cosa brillante, que había estado hundida en el suelo.

La cosa brillante era una gran pantalla que parecía hecha de espejos. Y apareció otra, y otra, y otra, y otra… No sólo delante de la posición de Brigitte, sino también en la parte donde estaba ella. Muy cerca, a menos de treinta metros, pudo ver perfectamente el funcionamiento de aquella instalación: una franja de terreno comenzaba a alzarse, y aparecía la pantalla, que finalmente

quedaba en dirección al sol, girando silenciosamente sobre su eje y soporte de acero. Por este procedimiento fueron apareciendo hasta veinte pantallas, distribuidas de tal modo que rodeaban toda la ladera del Xixaltco. Brigitte pensó que aquello parecía una película de ciencia-ficción. No se oía nada absolutamente. Aparecían las pantallas, giraban hacia el sol, y eso era todo…, hasta que una de las pantallas, al girar, lanzó hacia ella tal reflejo del sol naciente, que Brigitte estuvo a punto de caer del árbol, y durante tres o cuatro minutos, aterrada, estuvo ciega, y como sumergida en un baño de agua casi hirviente.

Realmente ciega durante aquellos minutos, envuelta en aquel calor súbito y persistente, permaneció inmóvil, sudando no sólo por el calor, sino por la angustia que sentía. Por fortuna, su deslumbramiento fue cediendo, fue recuperando la visión normal, y el calor que envolvía su cuerpo se fue disolviendo. Cuando pudo ver sus manos, observó algunas pequeñas quemaduras en ella. Se tocó el rostro, y tuvo que morderse los labios para no emitir un gemido: estaba en las mismas condiciones que si después de haber estado mucho tiempo sin tomar el sol, se hubiese dedicado a tomarlo durante horas seguidas.

Otra pantalla apareció, y giró. Observando su lento giro en busca del sol, Brigitte comprendió que también aquella pantalla le iba a enviar un reflejo, y se apresuró a descolgarse del árbol, a toda prisa, y se colocó tras el tronco y de espaldas a la pantalla. Cerró los párpados, los apretó fuertemente… A pesar de ello, el vivo resplandor llegó hasta ellos, y de nuevo notó aquel calor sofocante que la envolvía, aunque con muchísima menos intensidad. Fue exactamente igual que si una bola de fuego hubiese pasado junto a ella.

Apartó las manos de delate de los ojos, y suspiró. El peligro había pasado. Volvió a encaramarse al árbol, y observó que las pantallas ya no se movían. Y ya no salía ninguna más. Estaba dedicada a contarlas cuando llegó la sorpresa grande: una sección de la ladera del Xixaltco comenzó a alzarse, como una tapa. Y con esa sección ascendía la tierra, los árboles y arbustos que había en ella… Todo. El mecanismo era poderoso, perfecto.

La tapa quedó inmóvil por fin. Brigitte sacó del maletín los pequeños gemelos que siempre llevaba, y miró hacia allí. Vio a un

par de hombres, con unas batas largas, de color azul oscuro, como las ropas de los mecánicos. Luego, vio parte de aquella… cosa, aquella máquina, o lo que fuese. Y en la parte frontal, el gigantesco embudo, que también era muy brillante. Estuvo mirando aquello durante unos segundos. Cuando quiso ver de nuevo a aquellos dos hombres, ya no estaban a su alcance, habían desaparecido.

Seguidamente, observó que todas las pantallas se movían a la vez, orientándose de tal modo que recibían la luz del sol y la enviaban hacia el embudo. En éste, más de veinticinco rayos intensísimos de calor se concentraron, se unieron.

Y a medida que el sol iba subiendo, los espejos se iban moviendo, girando siempre de tal modo, que seguían recogiendo la luz del sol y enviándola hacia el embudo. De cuando en cuando, parecía que los grandes espejos se ponían al rojo vivo, pero sólo un instante brevísimo. Parecía como si apareciese una llamarada roja, fortísima, cuando efectuaban un nuevo giro. De tal modo que cada vez que los espejos se movían siempre siguiendo al sol, daba la impresión de que la ladera del Xixaltco se llenaba de grandes hogueras…

«Los demonios del fuego… —pensó la espía—. Estos son los demonios del fuego que debió ver Luis María López. Y no en el cráter, sino en la falda de la montaña. Por eso dijo que los demonios del fuego estaban *agujereando* al Xixaltco, para salir. Debió llevarse un buen susto… Luego, lo vieron, y lo mataron, hundieron su lancha… Tuvo que ser así, supongo».

Fascinada, Baby estuvo contemplando *los demonios del fuego* durante más de dos horas, sin moverse. A medida que el sol iba subiendo, los espejos se iban echando también hacia atrás, de modo que siempre, en todo momento, recogían sus rayos y los enviaban al gigantesco embudo. Igual que si una persona, utilizando un espejito, deslumbrase a otra echándole el reflejo del sol a la cara.

Hacia las once de la mañana, de pronto, y en el más completo silencio, todo desapareció. Las grandes pantallas que parecían de espejos se pusieron verticales, y descendieron velozmente, mientras que la compuerta en la ladera del Xixaltco bajaba no menos velozmente. En tres segundos, la isla quedó en su estado natural, convertida en un pequeño paraíso silencioso y solitario.

¿Qué ocurría?

Lo supo muy poco después, cuando, muy amortiguado, llegó a ella el rumor de unos motores. Con los gemelos, localizó pronto al yate, que pasaba relativamente cerca de la isla, en dirección a Acapulco…

Diez minutos después las pantallas reaparecieron y se abrió de nuevo la gran compuerta. Todo volvía a funcionar.

—Está bien… —se dijo Brigitte—. Ya he visto lo que pasa aquí, pero…, ¿para qué? ¿Qué están haciendo? Desde luego, concentran la energía solar… Quizá haya ahí, dentro del Xixaltco, un horno… ¿Para qué pueden querer un horno?

Hacia el mediodía, vio aparecer a Machado, procedente del interior de la casa, en bañador. Vio perfectamente su atractivo rostro encerrado en los dos pequeños círculos de los prismáticos… Se dirigió hacia la playa, y allí estuvo hablando con uno de sus hombres. Luego, volvió hacia la casa… No. Hacia la piscina. Se zambulló en ella.

Y mientras Juan de Dios Machado nadaba en su piscina, la agente Baby se dedicó a pensar. Tenía diversas alternativas. Podía esperar a la noche, marcharse de allí y ser recogida por Simón en la lancha, reunir a varios agentes de la CIA, y tomar la isla por asalto directo. Podía también marcharse, y luego ordenar, simplemente, que bombardeasen aquella isla, Podía también quedarse, esperar el momento oportuno, y aparecer ante Machado para pedirle explicaciones sobre lo que estaba sucediendo allí; para esto, lo mejor sería esperar a la noche, ciertamente, pues lo contrario implicaba una pequeña batalla entre ella, los cuatro hombres de Machado, y los que hubiese dentro del volcán, que podían ser muchos.

La decisión fue tomada: esperaría a la noche para aparecer ante Machado cuando éste se retirase a su dormitorio.

Hacia las seis de la tarde, las pantallas fueron retiradas, se hundieron en la tierra. La ladera del Xixaltco se cerró. Un carguero de los que sin duda eran utilizados para el transporte de guano llegó a la isla, quedando fondeado muy cerca de la playa, poco después.

Y hacia las siete, llegaron tres hombres en una lancha, y Juan de Dios Machado los recibió en el embarcadero. Se dirigieron hacia la casa. Poco después, la tapa del Xixaltco se abría de nuevo, y emergieron, de su interior, seis hombres, que se dirigieron también

hacia la casa, Luego, todos salieron de ésta, y fueron hacia el Xixaltco…

En todo momento, los gemelos de la espía proporcionaban a ésta una imagen clara de todos aquellos hombres. Cuando los vio desaparecer dentro del Xixaltco, Brigitte decidió que había llegado el momento de acercarse ella a la casa. Pero, justo cuando estaba a mitad de camino, tuvo que agazaparse apresuradamente, pues desde la playa llegaban los cuatro hombres de Machado, y algunos más, que sin duda habían llegado en el carguero. También fueron hacia el Xixaltco. Los dejó pasar, escondida, y poco después llegaba sin tropiezo alguno a la casa. Calixto y Rosita no estaban a la vista, así que pudo introducirse en el salón orientado de cara al mar. El silencio era absoluto.

Desde la salida a la terraza, estuvo observando el carguero, pensativa. Al parecer, no había quedado nadie en él. En cuanto a la casa, parecía que la india Rosita y el mexicano Calixto ya no estuviesen en ella… O quizá estaban ambos en la cocina, charlando mientras Rosita preparaba la cena… ¿Se quedarían todos aquellos hombres a cenar con Machado, quizá?

Desde el fondo de la casa, de pronto, le llegó, con nitidez, la voz de Calixto, y, como un murmullo, la respuesta de Rosita. Muy bien, estaban allí, pero ellos no eran peligrosos. En cambio, tantos hombres reunidos en la isla podían hacerla pedazos si llegaban a darse cuenta de su presencia.

—Bueno —se dijo—, estoy convencida de que iré resolviendo la situación de acuerdo a las circunstancias…

Sobre la mesa del centro, baja y amplia, redonda, vio, de pronto, la pequeña maleta que uno de los tres hombres llegados en la lancha había transportado. Se acercó a ella, la miró, la tocó con cuidado… Frunció el ceño, y la abrió, de pronto.

Se quedó mirando fríamente los fajos de billetes. Movió algunos, y pudo calcular que había allí más de dos millones de dólares. Cerró la maleta, y ladeó la cabeza, expectante. Sí, oía voces… Volvían aquellos hombres…

—¿Seguro que no quieren quedarse a cenar? —insistió Machado—. Incluso podrían pasar la noche aquí, y navegar de día…

—No, Machado, gracias. Sólo hemos venido a ver cómo cargan

el *Sun Fire*, y a pagarle. Nos iremos al mismo tiempo que el carguero.

—Como quieran —Machado se volvió hacia uno de sus hombres, que no participaba en el transporte del *Sun Fire* hacia el barco—. Feliciano, ve a decirle a Rosita que seremos los mismos de siempre nada más.

—Sí, señor.

Feliciano se fue hacia la casa, y los demás siguieron hacia la playa. En una plataforma hecha con tubos metálicos, el *Sun Fire* era llevado, entre ocho hombres, hacia el carguero…

—Dejaremos las instalaciones tal como están —dijo uno de los tres hombres de la lancha—, y las volveremos a usar cuando necesitemos recargar las baterías. Mientras tanto, Machado, será mejor que se olvide de que tiene en su isla tales instalaciones.

—Nada me complacerá tanto —aseguró Machado.

Los seis creadores del *Sun Fire* caminaban junto a éste, como temiendo que los marineros del carguero, y tres de los hombres de Machado pudiesen cometer alguna barbaridad. Pero, sin contratiempo alguno, llegaron a la playa, y el pesado artefacto fue depositado en el borde mismo del agua. Los marineros regresaron al carguero y, accionaron la grúa. Con ella, fue sencillísimo colocar en cubierta el extraño cañón, y los seis creadores suspiraron por fin, aliviados. Sonriendo, tendieron la mano a Machado, pasaron a la barca que llegaba de nuevo a la playa manejada por uno de los marineros, y poco después estaban en el carguero.

—¡Bowman! —llamó uno de los tres de la lancha—. ¡Dentro de seis días ya sabéis dónde! ¡No lo olvidéis!

—¡Allá estaremos! —replicó Bowman, desde el barco.

Poco después, el carguero *Macali* había maniobrado hacia atrás, y ponía rumbo al Norte. Desde la playa, los tres hombres dejaron de saludar con el brazo, y también, uno a uno, tendieron la mano a Machado.

—Hasta la vista, Machado… Y esté atento a los periódicos y toda clase de medios informativos: dentro de seis días se enterará del sorprendente acontecimiento de un portaaviones desaparecido…, convertido en humo ante las miradas de determinadas personas… No se lo pierda.

—¡Seguro que no! Es más: ya les dije que me gustaría estar allí,

para presenciarlo.

—Pero no con nosotros. Ya sabe dónde y cuándo ocurrirá, así que sólo tiene que ir allá, particularmente.

—Eso haré. Buen viaje y hasta la vista.

La lancha con los tres hombres a bordo partió, en dirección a Acapulco, y Machado dio una palmada y seguidamente se frotó las manos.

—¡Bien…! Volveremos a tener una gran tranquilidad, muchachos. Y eso hay que celebrarlo: ¿qué tal si tomamos unos tragos mientras repartimos el dinero?

—Es una formidable idea, señor Machado —sonrieron los tres sujetos.

Se dirigieron a la casa, entraron en el salón, y Machado fue directo a la maleta. La abrió, y volvió a frotarse las manos.

—Sirve tú las bebidas, Corbacho. Yo voy a ir haciendo las partes… Oye, Lespe, ve a decirle a Feliciano que venga a por su parte. Aunque si no la quiere…

Se echaron a reír los cuatro. Lespe se fue hacia la cocina, y Corbacho sirvió bebida. Dejó un vaso junto a Machado, que estaba haciendo las partes convenidas, formando montones de fajos de billetes. Ni Corbacho ni Garrido dijeron nada mientras duró esta operación. Se limitaron a beber, a pequeños sorbos, fijas sus miradas en los montones de billetes.

—Listo —dijo Machado; bebió un sorbo de su vaso, y alzó las cejas—. Bueno, ¿vienen o no vienen esos dos? Ve a llamarlos… Que vengan también Rosita y Calixto.

Garrido asintió con la cabeza, y salió, con el vaso en la mano.

Dos minutos después, Corbacho y Machado cambiaban una mirada de desconcierto.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —masculló Machado—. Me gustaría saber qué están haciendo en la cocina todos juntos.

—Iré a echar un vistazo —dijo Corbacho.

Machado quedó solo, contemplando su vaso vacío, sonriente. Se puso en pie, fue al pequeño mostrador curvado que formaba parte de la instalación del bar, y se sirvió otro trago. Alzó el vaso, y lo miró como si fuese un objeto de culto. De pronto, soltó una carcajada, y exclamó:

—¡Brindo por ti, Brigitte, agente de la CIA!

—Muchas gracias, Juan de Dios.

Machado respingó, y dio tal salto volviéndose, que el vaso escapó de su mano y se rompió ante sus pies. Estupefacto, con los ojos muy abiertos, se quedó mirando a Brigitte Montfort, bella como nunca, felina con su malla negra que la cubría de pies a cabeza, graciosa como una gatita contemplando algo que la divertía.

—Brigitte…

—¡Hola! —Movió ella la manita izquierda.

La derecha no la movió. Sostenía con ella su pistolita de cachas de madreperla, con una firmeza a la que Machado no prestó la debida atención.

—Pe-pero… pero… —comenzó a tartamudear Machado.

—No deberías sorprenderte tanto, querido —sonrió Baby—. Yo también tengo mis trucos y mis mentiras. Por ejemplo, la postal que recibiste desde Washington: ¿sólo por recibirla pensaste que yo estaba allí? Eso es de una ingenuidad deprimente, Juan de Dios.

Machado se pasó la lengua por los labios. Miró hacia detrás de Brigitte…

—¿Y mis amigos? —susurró.

—Por el momento, todos duermen. Y me temo que algunos de ellos no despertarán jamás. Fuisteis vosotros quienes matasteis a mis dos compañeros de la CIA, ¿verdad? Ellos llegaron aquí de noche, los visteis llegar, y los matasteis… ¿Sí, Juan de Dios?

—No. Lo que pasó…

Plof, chascó la pistolita de Baby.

Machado recibió el balazo en el hombro derecho, giró, se dio de vientre contra el pequeño mostrador del bar casero, y cayó hacia atrás, sentado. Se puso rápidamente de rodillas, y su mirada quedó de nuevo fija en Brigitte, desorbitada.

La voz de la espía llevó a Machado lo que le pareció un chorro de viento gélido.

—No quiero más mentiras ni tonterías. ¿Fuisteis vosotros?

—Déjame que te explique…

Plof.

Machado había comenzado a incorporarse, pero la segunda bala, acertándole en el muslo izquierdo, muy cerca de la rodilla, le derribó. Aún no había terminado su alarido de dolor cuando el

viento gélido llegó de nuevo hasta él:

—¿Fuisteis vosotros?

—Sí… ¡Sí!

—Ve a sentarte en ese sillón —señaló Brigitte con la mano izquierda.

Medio arrastrándose, gimiendo. Machado obedeció a la espía, que lo miraba con una fijeza y una frialdad escalofriante.

—Ahorrémonos explicaciones sobre nuestras respectivas jugadas, Juan de Dios: sólo dime lo que estáis tramando con esas pantallas de espejos, y esa… cosa que hay dentro del Xixaltco. Quiero pocas palabras, muy claras, y perfectamente explicativas. Empieza.

Machado no empezó. Volvió a pasarse la lengua por los labios, fijos sus ojos en Brigitte, la tonta agente de la CIA. Por su gesto, la espía comprendió, y una escalofriante sonrisa apareció en sus labios sonrosados.

—Juan de Dios, todos los espías del mundo han oído hablar de Baby, y te diré por qué: llevo más de catorce años trabajando en el espionaje de mi país. No soy, por tanto, una tonta, ni siquiera una ingenua. Pero, además, he hecho pedazos a hombres mucho más peligrosos que tú. Juan de Dios, no te engañes conmigo por más tiempo: te conviene contestar a mis preguntas. Insisto: ¿qué estáis tramando?

—Han fabricado un… cañón, al que llaman *Sun Fire.* Funciona con energía solar que…

—No me interesan esos detalles, que por otra parte empiezo a imaginarme, ya que he estado todo el día viendo funcionar vuestras instalaciones. ¿Quiénes son esos hombres?

—No lo sé. Son gente que tiene dinero, y que se asociaron para construir el *Sun Fire*. Vinieron aquí y me ofrecieron…

—También imagino eso. ¿Qué piensan hacer con el *Sun Fire*?

—Venderlo a algún país.

—¿A cuál?

—No lo sé. Ni ellos mismos lo saben. Lo han ofrecido a varios, pero se han reído de ellos, así que piensan hacer una demostración.

—¿Una demostración? ¿Qué clase de demostración?

—Van a… bueno, ese cañón dispara… ondas de seis mil grados centígrados de calor, y…, y puede fundir cualquier cosa, nada

puede resistir su…

—¿Qué clase de demostración?

—Creo que… que piensan destruir, fundir un… un portaaviones de… de vuestra Flota en el Pacífico…

Brigitte Montfort quedó lívida como un cadáver.

—¿Se dan cuenta esos hombres de que un portaaviones nunca está desocupado, que habrá siempre personas a bordo? ¿Y se dan cuenta de lo que puede significar que un portaaviones de la Marina norteamericana sea agredido, las suposiciones a que eso puede dar lugar…? ¿Han pensado en algo de eso?

—No lo sé… Supongo… que no.

Ahora fue Brigitte quien se pasó la lengua por los labios. Retrocedió, se inclinó a un lado junto a la puerta, y recogió su maletín. Lo puso sobre la mesa donde estaban los montones de dinero, lo abrió, y sacó la radio, con el suplemento de extensión.

—¿Simón?

—Por fin… ¿Está bien?

—Sí. Escuche bien esto, Simón: una lancha con tres hombres a bordo, está navegando hacia Acapulco, desde aquí, venga usted hacia la isla, en el helicóptero, y cuando se cruce con esa lancha, húndala, y asegúrese de que sus tres ocupantes mueren.

—Bien. ¿Algo más?

—Bastante más. Cuando llegue usted aquí, subiré a bordo del helicóptero con una vieja india y un mexicano bigotudo, que no merecen morir. Pero, dejaremos en la isla personas que sí merecen morir: son los que mataron a Simón y Simón. Mientras usted, viene hacia aquí, avise a nuestros compañeros de Acapulco, y dígales que dejen ya de tontear con los rusos, que el encuentro se ha terminado, que desaparezcan. Uno de ellos irá a Ciudad de México, y se pondrá en contacto con la Central, o con el punto intermedio adecuado, para que a la Central llegue esta… indicación mía: un carguero de guano, con el nombre de *Macali*, está navegando rumbo al Norte. Quiero que sea hundido.

—Bien.

—Yo voy a colocar mis cargas de plástico en el Xixaltco: voy a enterrar en él cosas que mejor estarán sepultadas. Lo prepararé todo para que las explosiones se produzcan dentro de… hora y media. ¿Nos habrá recogido ya para entonces?

—Y habré hundido la lancha, puede estar segura.

—Es todo.

Brigitte cerró la radio, la guardó, y miró a Machado, que la contemplaba con expresión asustada.

—¿Cómo prefieres morir? —preguntó ella, indiferente—. ¿Dormido o despierto?

—¿Qué… qué…?

—Puedo dormirte durante dos horas como he hecho con todos los demás, de manera que cuando exploten las cargas de plástico que voy a colocar en la casa, y en el Xixaltco no te enterarías de nada. A Rosita y a Calixto me los voy a llevar, pero los demás os quedaréis aquí, dormidos… Pero puedes elegir que te mate ahora, estando despierto y consciente de lo que va a pasarte. ¿Qué eliges?

—No…, no puedes hacer eso…

—¿Por qué no? Tú eres una… persona que ibas a esperar tranquilamente la destrucción de un portaaviones con personal a bordo. Has participado en el derribo de tres aviones de la USAF, cuyos pilotos debieron ver algo en la isla, seguramente los… demonios de fuego; has participado, también, en el asesinato de Juan María López y tres hombres más, sólo porque también vieron los demonios del fuego. Y por último, tú y tus amigos asesinasteis a dos agentes de la CIA. No se puede pedir más para condenarte a muerte. ¿Qué eliges?

—No serás… capaz de… ¡No serás capaz!

Brigitte Montfort alzó su mano armada.

Plof, sonó la pistolita.

Este es el final

Charles Alan Pitzer se sentó en un sillón cercano al que ocupaba Brigitte, en el salón del apartamento de ésta, en el Crystal Building, Quinta Avenida, Nueva York. Esperó a que en el televisor terminase la peliculita de dibujos animados, y entonces dijo:

—Lo han hundido.

Brigitte apretó el mando a distancia, todavía sonriendo, y apagó el televisor.

—¿Han hundido, qué cosa?

—El carguero *Macali*.

—¡Oh! Bueno, parece que hemos terminado con toda esa gente mala, tío Charlie. ¿Ha leído el periódico de hoy?

—No… ¿Por qué?

—Vuelve a hablar del Xixaltco, el dios del fuego. Y ahora sí que tienen tema para tiempo. Han encontrado allá unas pantallas de espejos, la ladera este del Xixaltco hundida, la casa de Juan de Dios Machado hecha astillas… La policía mexicana está llegando a la conclusión de que en la isla de Las Animas, alguien colocó cargas de plástico, o algo parecido. Sí… Me parece que tienen trabajo para tiempo, y me pregunto si no deberíamos darles alguna explicación, para que no se vuelvan locos haciendo cábalas.

—De ninguna manera —masculló Pitzer—: ¡Que piensen lo que quieran!

—Bueno, de todos modos, a nadie le sienta mal trabajar. Hay más noticias en el periódico, tío Charlie.

—Lo supongo. ¿Alguna especialmente interesante?

—Yo diría que sí… Al parecer, el embajador de Mobana, Oto Obaku, consiguió, en algún sitio, un préstamo de diez millones de dólares, se lo han repartido con Kamania, han modificado una parte de la frontera, y están comprando maquinaria para explotaciones mineras. ¿No le recuerda esto, nada?

—Que le debo mil dólares —gruñó Pitzer.

Brigitte tendió una manita.

—Pague. Así, uniré su dinero a los tres millones de dólares que tengo en esta maleta, los iré a ingresar en el Banco, y los repartiré, mediante cheques certificados, entre algunas personas que los necesitan. Por ejemplo, mis niños enfermitos, mis ancianitos, la familia de Luis María López, las de los pilotos que…

—Está bien, está bien, le voy a pagar —Pitzer sacó su billetera —, pero deje ya de tomarme el pelo.

—¿Tomarle el pelo? —se sorprendió la divina—. ¿Por qué supone eso, tío Charlie querido?

—¡Oh, vamos, ya está bien…! ¿De verdad pretende que me crea que tiene tres millones de dólares, ahí?

—¿Por qué no? Le aseguro que es verdad. Los repartiré… en nombre del Xixaltco, el dios del fuego, ¡zambomba!, como diría Frankie: ¡éste sí que es un volcán benéfico! ¡Con lo calumniado que ha estado el pobrecito, y resulta que en lugar de emitir lava, emite billetes de curso legal…! ¿No es un volcán estupendo?

—Aquí está su dinero —tendió Pitzer diez billetes de cien dólares—. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Cuándo aprenderé que apostar contra usted es tirar el dinero?

—Debería tener más fe en mí —sonrió la divinísima espía—. ¿Quiere ponerlo usted mismo en la maleta, por favor?

Ella la acercó, y la abrió delante de Pitzer…, que palideció al ver los fajos de billetes. Luego, enrojeció. Después, se mordió los labios. Por último, dejó caer sus billetes sobre tres millones de dólares, y se quedó como aplastado en el sillón.

Brigitte cerró la maleta, se puso en pie, y miró su relojito.

—Bueno —exclamó alegremente—, todavía tengo tiempo de ingresar hoy mismo este dinero en mi Banco… ¿Me acompaña, tío Charlie? Se lo agradecería, porque no es prudente que una muchachita tan indefensa como yo vaya por ahí con tanto dinero… ¿No le parece?

FIN